

Mabel Collins

LUZ EN EL SENDERO

Light on the Path

(1885)



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección “Teosofía Siglo XIX”

I

REGLAS

Estas reglas han sido escritas para todos los discípulos: Síguelas.

Antes que los ojos puedan ver, deben ser incapaces de llorar.

Antes que el oído pueda oír, tiene que haber perdido la sensibilidad. Antes de que la voz pueda hablar en presencia de los Maestros, debe haber perdido la posibilidad de herir.

Antes de que el alma pueda erguirse en presencia de los Maestros es necesario que los pies se hayan lavado en sangre del corazón.

1) Mata la ambición. [1]

2) Mata el deseo de vivir.

3) Mata el deseo del bienestar.

4) Trabaja como trabajan los que son ambiciosos. Respeta la vida como lo hacen los que la desean. Sé feliz como lo son los que viven por la felicidad. Busca en tu corazón la raíz del mal y arrácala. Esta raíz vive en el corazón del discípulo fervoroso lo mismo que en el hombre de deseos. Solamente el fuerte puede destruirla. El débil tiene que esperar su crecimiento, su fructificación y su muerte. Es ésta una planta que vive y se desarrolla a través de las edades. Florece cuando el hombre ha acumulado en sí mismo existencias innumerables. El que quiera entrar en la senda del poder, debe arrancarla de su corazón. Y entonces del corazón brotará sangre, y la vida toda del hombre parecerá desvanecerse por completo. Hay que sufrir esta prueba; puede presentarse desde el primer peldaño de la peligrosa escala que al sendero de vida conduce: puede no venir hasta lo último. Pero acuérdate, ¡oh, discípulo!, que tienes que pasar por esta prueba, y refuerza las energías de tu alma para tal empresa. No vivas en lo presente ni en lo futuro, sino en lo eterno. Allí no puede florecer esta hierba gigantesca: esta mancha de la existencia la borra la atmósfera misma del pensamiento eterno.

5) Mata todo sentimiento de separatividad. [2]

6) Mata el deseo de sensación.

7) Mata la sed de crecimiento.

8) Sin embargo, mantente solo y aislado, porque nada de cuanto tiene cuerpo, nada de cuanto tiene conciencia de la separación, nada de cuanto está fuera de lo eterno puede acudir en tu auxilio. Estudia la sensación y obsérvala, porque únicamente así puedes empezar la ciencia del propio conocimiento, y colocar el pie en el primer peldaño de la escala.

Crece como la flor, inconscientemente, pero ardiendo en ansias por entreabrir su cáliz a la brisa. Así es como debes avanzar abriendo tu alma a lo eterno. Pero debe ser lo eterno lo que debe desarrollar tu fuerza, y no el deseo de crecimiento. Porque en el primer caso floreces con la lozanía de la pureza y en el otro te endureces con la avasalladora pasión de la importancia personal.

9) Desea únicamente lo que está en ti.

10) Desea únicamente lo que está fuera de tu alcance.

11) Desea únicamente lo que es inasequible.

12) Porque en ti está la luz del mundo, la única luz que en el sendero puede difundirse.

Si eres incapaz de percibirla dentro de ti, es inútil que la busques en otra parte. Está fuera de tu alcance, porque cuando a ella llegues ya no te encuentras a ti mismo. Es inasequible, porque siempre retrocede. Entrarás en el seno de la luz, pero no tocarás nunca la llama.

13) Desea ardientemente el poder.

14) Desea ardientemente la paz.

15) Desea las posesiones por encima de todo.

16) Pero estas posesiones deben pertenecer al alma pura, y por consiguiente, deben ser igualmente poseídas por todas las almas puras, siendo así la propiedad especial del todo que unidas constituyen. Anhela las posesiones propias del alma pura, a fin de que puedas acumular riquezas para aquel espíritu común de vida que es tu único ser verdadero. La paz que debes desear es aquella paz sagrada que nada puede turbar, y en el seno de la cual, el alma crece como la flor santa en las lagunas inmóviles. Y ese poder a que debe aspirar el discípulo, es aquel que le hará aparecer como nada a los ojos de los hombres.

17) Busca la senda. [3]

18) Busca el camino penetrando al interior.

19) Busca el camino avanzando resueltamente al exterior.

20) Búscalo, pero no en una dirección única. Para cada temperamento existe una vía al parecer más deseable. Pero no se encuentra el camino sólo por la devoción, ni por la mera contemplación religiosa, ni por el ardor de progreso, ni por el laborioso sacrificio de sí mismo, ni por la observación estudiosa de la vida. Ninguna de estas cosas por sí sola hace adelantar al discípulo más de un paso. Todos los peldaños son necesarios para recorrer la escala. Los vicios de los hombres se convierten en los peldaños de la misma, uno por uno, a medida que se van dominando. Las virtudes del hombre son, en verdad, escalones necesarios, de los cuales no se puede en modo alguno prescindir. Sin embargo, aunque crean una atmósfera bella y un porvenir feliz, son inútiles si son aisladas. La naturaleza toda del hombre debe ser sabiamente empleada por el que desee entrar en el sendero. Cada hombre es absolutamente para sí mismo el sendero, la verdad y la vida. Pero esto lo es sólo cuando domina firmemente toda su individualidad, y cuando por la energía de su despertada individualidad, reconoce que esta individualidad no es él mismo, sino aquella cosa que él ha creado trabajosamente para su uso, y por cuyo medio se propone, a medida que su crecimiento desarrolla lentamente su inteligencia, alcanzar la vida más allá de la individualidad. Cuando sabe que para esto existe su asombrosa vida compleja y separada, entonces, en verdad, y sólo entonces, se halla en el sendero. Búscalo sumergiéndote en las espléndidas y misteriosas profundidades de lo más íntimo de tu ser. Búscalo probando toda experiencia, utilizando los sentidos a fin de comprender el desenvolvimiento y significación de la individualidad, y la hermosura y oscuridad de estos otros fragmentos divinos que contigo y a tu lado combaten, y que forman la raza a la cual perteneces. Búscalo estudiando las leyes del ser, las leyes de la naturaleza, las leyes de lo sobrenatural; y búscalo postrando tu alma ante la pequeña estrella que arde en el interior. En tanto que vigilas y adoras con perseverancia, su luz irá siendo más y más brillante. Entonces podrás conocer que has encontrado el fin, su luz se convertirá súbitamente en luz infinita [4]

21) Busca la flor que debe abrirse durante el silencio que sigue a la tormenta y no antes. La planta crecerá y se desarrollará, echará ramas y hojas y formará capullos, en tanto que continúa la tempestad y el duro combate. Pero mientras la personalidad toda del hombre no se haya disuelto y desvanecido; mientras que el divino fragmento que la ha creado no la considere como mero instrumento de experimentación y experiencia; mientras la naturaleza toda no esté vencida y se halle subyugada por su yo superior, no puede abrirse la flor. Entonces sobrevendrá una calma como la que en los países tropicales sucede a una lluvia torrencial, cuando la Naturaleza obra con tanta rapidez que puede verse su acción. Una calma semejante se difundirá sobre el espíritu fatigado. Y en el silencio profundo, ocurrirá el misterioso suceso que probará que se ha encontrado el sendero. Llámesele como se

quiera, es una voz que habla donde no hay nadie que hable; es un mensajero que viene, mensajero sin forma ni sustancia, o bien es la flor del alma que se ha abierto. No hay metáfora que pueda describirlo. Pero se puede presentir, buscar y desear, aún en medio de la furia de la tempestad. El silencio puede durar sólo un momento, o bien puede prolongarse un millar de años, pero tendrá fin. Sin embargo, en ti residirá su fuerza. Una y otra vez tiene que darse y ganarse la batalla. El reposo de la Naturaleza sólo puede ser un intervalo. [5] Estas reglas expuestas son las primeras que han sido escritas en los muros del Templo del Saber. Los que pidan, obtendrán. Los que deseen aprender, aprenderán. [6]

LA PAZ SEA CONTIGO.

II

Del Seno del Silencio que es la paz, una voz resonante se elevará. Y esta voz dirá: “Hace falta algo más: tú has recogido, ahora tienes que sembrar”. Y sabiendo que esta voz es el silencio mismo, obedecerás.

Tú, que eres ahora un discípulo capaz de tenerse firme, capaz de oír, capaz de hablar, que has vencido el deseo y alcanzado el conocimiento de ti mismo; tú, que has visto tu alma en su flor y la has reconocido y has oído la voz del silencio, encamínate al Templo del Saber, y lee lo que allí está escrito para ti. [7]

- 1) Mantente ajeno a la batalla que empieza, y aunque tú pelees, no seas el guerrero.
- 2) Busca al guerrero y deja que pelee en ti.
- 3) Recibe sus órdenes para la batalla, y obedécelas.
- 4) Obedécele, no como si fuera un general, sino como si fueras tú mismo, y como si sus palabras fuesen la expresión de tus secretos deseos; pues él es tú mismo, aunque infinitamente más sabio y fuerte que tú. Búscale antes de que en el fragor y fiebre de la batalla puedas dejar de percibirlo; pues él no te reconocerá a menos que tú le conozcas. Si tu grito llega a su oído atento, entonces luchará en ti y llenará el triste vacío del interior. Y si esto sucede, entonces podrás permanecer durante la batalla sereno e infatigable, manteniéndote apartado y dejándole pelear por ti. Entonces será imposible que des un golpe en falso. Pero si no lo buscas, si pasas a su lado sin percibirle, entonces no hay salvaguardia para ti. Tu cerebro se turbará, tu corazón se tornará irresoluto, y en medio del polvo del campo de batalla, tu vista y sentidos se oscurecerán; y no distinguirán tus amigos de tus enemigos. Él es tu mismo; sin embargo, tú eres finito y sujeto al error. Él es eterno y seguro. Él es la verdad eterna. Una vez que haya penetrado en ti y se haya convertido en tu guerrero, jamás te abandonará por completo, y en el día de la gran paz, él y tú os convertiréis en uno.
- 5) Escucha el canto de la vida. [8]
- 6) Conserva en tu memoria la melodía que oigas.
- 7) Aprende de ella la lección de armonía.
- 8) Tú puedes entonces mantenerte erguido, firme como una roca en medio del tumulto, obedeciendo al guerrero que eres tú mismo y tu rey. Indiferente al combate, salvo en la ejecución de sus mandatos, y sin preocuparte ya del resultado de la batalla, porque una sola cosa es importante: que el guerrero venza, y tú sabes que no puede ser derrotado; permaneces así, sereno y vigilante, y usa de la facultad de oír que has adquirido por medio del sufrimiento y de la destrucción del sufrimiento. Mientras no seas más que un hombre, sólo llegarán a tus oídos fragmentos del gran canto. Pero si lo escuchas, imprímelo fielmente en tu memoria, de suerte que no se pierda nada de lo que hasta ti haya llegado, y trata de aprender de ello el significado del misterio que te rodea. Con el tiempo no necesitarás instructor alguno. Porque así como el individuo posee una voz, asimismo la posee aquello en lo cual el individuo existe. La vida misma tiene su lenguaje, y nunca está silenciosa. Y este lenguaje no es un grito como podrías suponer tú, que eres sordo, sino un canto. Aprende de él que tú eres una parte de la Armonía: aprende de él a obedecer las leyes de la Armonía.
- 9) Observa atentamente toda la vida que te rodea.
- 10) Aprende a sondear de una manera inteligente el corazón de los hombres. [9]
- 11) Considera ansiosamente tu propio corazón.

12) Porque a través de tu propio corazón viene la luz única que puede iluminar la vida y hacerla clara a tus ojos. Estudia el corazón de los hombres a fin de que puedas conocer lo que es el mundo en que vives y del cual quieres ser parte. Observa la vida que te rodea en constante movimiento, en transformación incesante, pues está formada por los corazones de los hombres; y a medida que vayas aprendiendo a conocer su constitución y significado, gradualmente irás siendo capaz de leer la palabra más grande de la vida.

13) La palabra sólo viene con el conocimiento. Alcanza el conocimiento y alcanzarás la vida. [10]

14) Habiendo adquirido el uso de los sentidos internos, habiendo dominado los deseos de los sentidos externos, habiendo subyugado los deseos del alma individual, y habiendo obtenido el conocimiento, prepárate ahora, ¡oh, discípulo!, a entrar realmente en el camino. El Sendero se ha encontrado; disponte a recorrerlo.

15) Pide a la tierra, al aire y al agua los secretos que guardan para ti. El desarrollo de tus sentidos internos te permitirán hacerlo.

16) Pide a los santos de la tierra los secretos que guardan para ti. El dominio de los deseos de tus sentidos internos te permitirá hacerlo.

17) Pide al íntimo, al uno, su secreto final que reserva para ti en el transcurso de las edades. La grande y difícil victoria, el dominio de los deseos del alma individual es obra de edades; por tanto, no esperes recibir la recompensa hasta que se hayan acumulado edades y edades de experiencias. Cuando haya llegado el tiempo de aprender esta regla 17, el hombre está próximo a ser más que un hombre.

18) El conocimiento que ahora posees, sólo es tuyo porque tu alma se ha convertido en una con todas las almas puras y con el íntimo. Es un depósito que el Altísimo te ha confiado. Abusa de ellos; emplea mal tu conocimiento o descuídalo y aún es posible que caigas del estado elevado a que has llegado. Almas grandes hay que retroceden en el umbral, no pudiendo sostener el peso de su responsabilidad, incapaces de seguir adelante. Por tanto, considera siempre ese momento del porvenir con temeroso respeto, y prepárate para la batalla.

19) Está escrito que aquel que se halla en los umbrales de la divinidad no puede idearse ley alguna, ni puede tampoco existir guía. Sin embargo, para que el discípulo comprenda la lucha final, puede expresarse en estos términos:

Aférrate a lo que no tiene sustancia ni conciencia.

20) No prestes oído sino a la voz insonora.

21) No mires más que lo que es invisible, tanto en el sentido interno como al externo.

LA PAZ SEA CONTIGO.

NOTAS

[1] La ambición es el defecto primero, el gran tentador del hombre que se eleva por encima de sus semejantes. Es la forma más sencilla de buscar la recompensa. Ella es la que continuamente desvía a los hombres de sus posibilidades superiores. Sin embargo, es un instructor necesario. Sus resultados tórnanse polvo y ceniza en la boca; como la muerte y el retraimiento, demuestran últimamente al hombre que trabajar para sí es trabajar para una decepción inevitable. Pero aún cuando esta primera regla parezca tan fácil y sencilla, no la consideres a la ligera, porque estos vicios del hombre ordinario sufren una transformación sutil, y reaparecen bajo otro aspecto en el corazón del discípulo. Es fácil decir “no seré ambicioso”, pero no lo es tanto el decir: “cuando el Maestro lea en mi corazón, lo encontrará limpio de toda mancha”. El artista puro que trabaja, por amor a su obra, está algunas veces más firmemente colocado en el verdadero camino, que el ocultista que se imagina haber apartado de sí el interés propio, pero que, en realidad, sólo ha ensanchado los límites de la experiencia y del deseo, y transferido su interés a cosas relacionadas con su mayor expansión de vida. El mismo principio se aplica a las otras dos reglas que siguen, en apariencia tan sencillas. Fija tu atención en ellas, y no te dejes engañar fácilmente por tu propio corazón; pues ahora, en los umbrales, un error puede remediarse. Pero si lo llevas contigo crecerá y dará sus frutos, o bien tendrás que sufrir amargamente al destruirlo.

[2] No imagines que puedes separarte del hombre malvado o del insensato. Ellos eres tú mismo, aunque en grado menor que tu amigo o Maestro. Pero si dejas arraigar en ti la idea de separación de cualquier cosa o persona mala, al obrar así, creas Karma que te ligará a aquella cosa o persona, hasta que tu alma reconozca que no puede estar aislada. Recuerda que el pecado y el oprobio del mundo son tu pecado y tu oprobio, porque tú formas parte del mismo: tu Karma está entretejido de un modo intrincado con el gran Karma. Y antes de que hayas logrado el conocimiento es preciso que hayas pasado por todos los lugares así inmundos como puros.

Por lo tanto, ten presente que el vestido manchado, cuyo contacto te repugna, puede haber sido el tuyo ayer, o quizá lo será mañana. Y si horrorizado apartas los ojos de él una vez echado sobre tus hombros, más a ti se adherirá. El hombre que se cree justo se prepara un lecho de cieno. Abstente, no para permanecer limpio, sino porque el abstenerse es un deber.

[3] Estas tres palabras parecerán quizá muy insignificantes para constituir una regla por sí solas. El discípulo dirá: ¿Estudiaría yo estos pensamientos si no buscarse la senda? Sin embargo, no te apresures a pasar adelante. Detente y medita un poco. ¿Es realmente el camino lo que deseas, o es que tu fantasía te ofrece una vaga perspectiva de encumbradas alturas que escalar, o un gran porvenir que abarcar? Ten presente la advertencia. El camino ha de buscarse por él mismo, no teniendo en cuenta tus pies que lo deben recorrer. Existe una relación entre esta regla y la 17 de la 2da serie. Cuando después de siglos de lucha y de numerosas victorias se gana la batalla final y se exige el último secreto, entonces estarás preparado para un sendero más avanzado. Cuando se haya dicho el secreto final de esta gran lección, en él está abierto el misterio del nuevo camino, sendero que conduce más allá de toda experiencia humana, y que se halla absolutamente fuera del alcance de la percepción e imaginación del hombre. En cada uno de estos puntos es necesario detenerse mucho y reflexionar bien. En cada uno de estos puntos es preciso estar seguro de que se ha escogido el camino por el camino mismo. El camino y la verdad vienen primero: luego sigue la vida.

[4] Búscalos probando toda experiencia, y no olvides que al decir esto no digo: cede a las seducciones de los sentidos, a fin de conocerlas. Antes de convertirse en ocultista puedes hacerlo, pero no después. Una vez que hayas escogido el sendero y entrado en él, no puedes ya sucumbir sin vergüenza a tales seducciones. Sin embargo, puedes experimentarlas sin horror, puedes observarlas y analizarlas, y esperar con paciencia y confianza la hora en que ninguna impresión causen en ti.

Pero no condenes al hombre que sucumbe: tiéndele la mano como a un peregrino hermano tuyo, cuyos pies se han entorpecido con el fango del camino. Ten presente, ¡oh, discípulo!, que por grande que sea el abismo que existe entre el hombre virtuoso y aquel que ha obtenido el conocimiento; y que es inconmensurable entre el hombre virtuoso y el que se encuentra en los umbrales de la divinidad. Por tanto, guárdate de imaginar antes de tiempo que tú eres algo distinto de la masa.

Cuando hayas encontrado el principio del sendero, la estrella de tu alma dejará ver su luz, y a su claridad advertirás cuán grande es la oscuridad en medio de la cual brilla. La mente, el corazón, el cerebro, todo está oscuro y en tinieblas, hasta que se haya ganado la primera batalla. Pero no por esto dejes que el espanto y el temor te dominen; mantén tus ojos fijos en la pequeña luz y ésta irá creciendo. Pero haz que la oscuridad interior te ayude a comprender la desolación de aquellos que no han visto luz alguna, y cuyas almas están sumidas en profundas tinieblas. No les censures, no te apartes de ellos, sino procura aligerar algún tanto el pesado Karma que al mundo agobia; presta tu ayuda a los pocos brazos vigorosos que impiden a las potencias de las tinieblas obtener una completa victoria. Obrando de esta suerte entrarás a participar de la felicidad, que acarrea, en verdad, un trabajo terrible y tristeza profunda, pero que es también un manantial de delicias sin fin.

[5] La expansión de la flor es el glorioso momento en que la percepción se despierta: con ella nacen la confianza, el conocimiento y la certeza. La pausa del alma es el momento de asombro, y el siguiente momento de satisfacción es el silencio. Sabe, ¡oh, discípulo!, que los que han pasado por el silencio, y han sentido su paz y retenido su fuerza, ansían que pases tú también por él. Así, pues, cuando el discípulo sea capaz de entrar en el Templo del Saber, encontrará siempre a su Maestro.

[6] Los que pidan, obtendrán. Pero aunque el hombre ordinario pida continuamente, su voz no es oída. Porque pide tan sólo con la mente, y la voz de la mente no es oída sino en la esfera donde ella actúa. Por tanto, mientras no estén pasadas las reglas, no digo los que pidan, obtendrán.

Leer en el sentido oculto, es leer con los ojos del espíritu. Pedir, es sentir el hambre interna, el deseo de aspiración espiritual. Ser capaz de leer significa haber obtenido en grado mínimo el poder de satisfacer esta hambre. Cuando el discípulo está en disposición de aprender, entonces es aceptado, reconocido y admitido. Así debe ser, por cuanto ha encendido su lámpara y no puede estar oculta. Pero es imposible aprender hasta que no se ha ganado la primera gran batalla. La mente puede reconocer la verdad, pero el espíritu no puede recibirla. Una vez que se ha pasado por la tormenta y se ha llegado a la paz, entonces es siempre posible aprender, aún cuando el discípulo dude, vacile y se desvíe. La voz del silencio mora en él, y aún cuando abandonase por completo el sendero, llegará un día, sin embargo, en que resonará y lo desgarrará en dos, separando sus pasiones de sus posibilidades divinas. Entonces, en medio del sufrimiento y de los gritos desesperados del abandonado yo inferior, él volverá. Por eso te digo: La paz sea contigo. Yo te doy mi paz, puede únicamente decirlo el Maestro a sus amados discípulos, que son como él mismo.

Algunos hay, aún entre los que ignoran la sabiduría oriental, a quienes esto se les puede decir diariamente con mayor precisión.

Contempla las tres verdades. Son iguales.

[7] Ser capaz de tenerse firme, significa tener confianza; ser capaz de oír, es haber abierto las puertas del alma: ser capaz de ver, es haber alcanzado la percepción: ser capaz de hablar, es haber obtenido el poder de auxiliar a los demás: haber conquistado el deseo, es haber aprendido a servirse del yo y a dominarlo; haber alcanzado el conocimiento de sí mismo, es haberse retirado a lo interior de la fortaleza, desde donde el hombre personal puede ser contemplado con imparcialidad; haber visto tu alma en su flor, es haber obtenido una visión momentánea en ti mismo de la transfiguración que te convertirá eventualmente en más que un hombre; reconocer, es llevar a cabo la grande empresa de contemplar la luz resplandeciente sin bajar la vista y sin retroceder, presa del espanto, como ante un fantasma horrible. Esto sucede a algunos, y así pierden la victoria en el preciso momento de alcanzarla; oír la voz del silencio, es comprender que la única dirección verdadera viene del interior; encaminarse al Templo del Saber, es entrar en el estado en que es posible aprender. Entonces se escribirán allí para ti muchas palabras en caracteres de fuego que te será fácil leer; pues cuando el discípulo está pronto, lo está en el Maestro también.

[8] Búscalo y escúchalo primeramente en tu propio corazón. Al principio tal vez dirás que no está allí, que cuando buscas sólo encuentras discordancia. Búscalo más hondo. Si aún fracasas, detente un instante y mira todavía más hondo. En todo corazón humano existe una melodía natural, una fuente oscura. Puede estar cubierta y por completo oculta y misteriosa; pero allí está. En la base misma de tu naturaleza encontrarás la fe, la esperanza y el amor. Aquel que escoge el mal, rehúsa mirar dentro de sí mismo, cierra sus oídos a la melodía de su corazón, así como cierra sus ojos a la luz de su alma. Y obra así porque encuentra más fácil vivir anegado en los deseos. Pero en el fondo de toda vida existe una corriente impetuosa que no reconoce obstáculo; las grandes aguas están allí realmente. Encuéntralas y percibirás que ninguno, ni aún la criatura más miserable, deja de ser parte de ellas, por más que procure cegarse y construirse una fantástica forma externa de horror. Todos los seres, entre los que penosamente avanzas, son fragmentos de lo divino. Y tan engañadora es la ilusión en que vives, que es difícil adivinar si percibirás primero la dulce voz en el corazón de otros. Pero sabe que seguramente se encuentra dentro de ti. Búscala ahí, y una vez que la hayas oído, la distinguirás más prontamente en torno tuyo.

[9] Desde un punto de vista absolutamente impersonal, pues de otro modo verías a través de un prisma falso. Por tanto, la impersonalidad tiene primeramente que ser entendida. La inteligencia es imparcial: ningún hombre es tu enemigo; ningún hombre es tu amigo. Todos son igualmente tus instructores. Tu enemigo se convierte en un misterio que hay que resolver, aún cuando se necesiten siglos para ello; pues el hombre debe ser comprendido. Tu amigo se convierte en una parte de ti mismo, una extensión de ti mismo, un enigma difícil de descifrar. Sólo hay una cosa que sea más difícil de conocer: tu propio corazón. Antes que se hayan aflojado los lazos de la personalidad, no puede empezar a verse este profundo misterio del yo. Hasta que no estés apartado de ella, no será en modo alguno revelada a tu entendimiento.

Entonces y sólo entonces podrás usar todos sus poderes y consagrarlos a un servicio digno.

[10] Es imposible que ayudes a los demás, hasta que no hayas adquirido alguna certeza de ti mismo. Cuando hayas aprendido las primeras 21 reglas y hayas penetrado en el Templo de la Sabiduría con tus poderes desarrollados y el sentido libre, entonces descubrirás que dentro de ti existe un manantial de donde brotará la palabra.

Después de la regla 13 no puedo añadir palabra alguna a lo que ya se ha escrito.

Yo te doy mi paz.

Estas notas han sido escritas únicamente para aquellos a quienes yo doy mi paz; para aquellos que pueden leer lo que he escrito con su sentido interno lo mismo que con el sentido externo.

RECOMENDACIONES

Para comprender mejor el contenido de esta valiosa obra teosófica, podemos leer los “Comentarios a las reglas de Luz en el Sendero” por Mabel Collins, editados por Kier en la colección “Joyas espirituales” junto al libro original y la obra de Charles Leadbeater y Annie Besant titulada “Pláticas sobre el Sendero del Ocultismo” con comentarios sobre el libro en cuestión.

COMENTARIOS A LAS REGLAS DE “LUZ EN EL SENDERO”

Mabel Collins

Publicados originalmente en “Lucifer” (1887-1888)

I

“ANTES QUE LOS OJOS PUEDAN VER DEBEN SER INCAPACES DE LLORAR”

Debe tenerse bien presente por todos los lectores de “Luz en el Sendero” que éste es un libro que aparenta encerrar alguna filosofía, pero muy poco sentido para los que creen que ha sido escrito en lenguaje ordinario. Para los muchos que leen de este modo será, no tanto caviar, como aceitunas muy fuertes por su sal. Estad sobre aviso y leed poco de este modo. Hay otra manera de leer, que es, verdaderamente, la única útil respecto a algunos autores. Es leer, no entre líneas, sino entre palabras. En resumen: es como descifrar una cifra profunda. Todas las obras de alquimia están escritas en la cifra de que hablo, ha sido usada por los grandes filósofos y poetas de todos los tiempos. Los Adeptos la emplean sistemáticamente en lo que se refiere a la vida y los conocimientos, y dando aparentemente su más profunda sabiduría, ocultan en las palabras mismas que la constituyen, el verdadero misterio. No pueden hacer más. Hay una ley en la Naturaleza que exige que el hombre lea por sí mismo estos misterios. No puede obtenerlos por otro método. Un hombre que desea vivir tiene que comer él mismo sus alimentos; esto es una simple ley de la naturaleza que se aplica igualmente a la vida superior. El hombre que quiere vivir y obrar en ella, no puede ser alimentado con cuchara como un niño; *tiene* que comer él mismo Me propongo exponer en un lenguaje nuevo y más claro parte de “Luz en el Sendero”; pero si este esfuerzo mío ha de ser de alguna utilidad, es lo que no puedo decir. Para el hombre sordo y mudo no será una verdad inteligible, si con objeto de hacerla más clara algún lingüista mal aconsejado traduce las palabras en que está expresada en todas las lenguas vivas y muertas, y grita en su oído estas diversas frases. Pero para aquellos que no son sordos ni mudos, una sola lengua es generalmente más fácil que las demás; y éstos son a quienes me dirijo. El primer aforismo de “Luz en el Sendero”, contenido en la parte I, sé muy bien que ha permanecido como pliego sellado en lo que concierne a su sentido interno, para muchos que, por otra parte, han seguido el propósito del libro.

Hay cuatro verdades probadas y ciertas, respecto a la entrada en el Ocultismo. Las Puertas de Oro cierran el vestíbulo; sin embargo, hay algunos que atraviesan sus umbrales y descubren lo sublime y sin límites del más allá, En el transcurso de largos períodos de tiempo, todos pasarán estas puertas; pero yo desearía que el tiempo, el gran engañador, no fuera tan por completo dueño de la situación. Aquéllos que le conocen y le aman, no tengo nada que decir; pero a los otros -que no son tan pocos como algunos se imaginan- para quienes el paso del Tiempo es como el golpear del gran martillo de fragua, y que

consideran el espacio como los barrotes de una jaula, les traduciré y volveré a traducir, hasta que lleguen a comprender por *completo*.

Las cuatro verdades escritas en la primera página de “Luz en el Sendero”, se refieren a la prueba de iniciación del aspirante a ocultista. Hasta que la haya pasado, no podrá ni siquiera llegar al llamador de la Puerta que da entrada al conocimiento.

El conocimiento es la herencia más grande del hombre; ¿por qué, pues, no ha de intentar alcanzarlo por todos los caminos posibles? El laboratorio no es el único terreno de experimentación; debemos tener presente que science (ciencia) se deriva de sciens, participio presente de scire, “conocer”; su origen es similar al de la palabra, “discernir”, “saber”. Por tanto, la ciencia no trata tan sólo de la materia aun en sus formas más sutiles y oscuras. Semejante idea es sólo hija del espíritu frívolo de la época. Ciencia es una palabra que abarca todas las formas del conocimiento. Es sumamente interesante oír lo que descubren los químicos, y verlos ir encontrando su camino a través de las densidades de la materia hacia sus formas más finas; pero hay otras clases de conocimientos, y no todos limitan su deseo (estrictamente científico) de saber, sólo a los experimentos capaces de ser comprobados por los sentidos físicos. Todo el que no sea torpe o no haya sido reducido a la imbecilidad por algún vicio predominante, ha adivinado y hasta quizá descubierto con alguna certeza, que dentro de los sentidos físicos existen otros sentidos sutiles; en esto no hay nada de extraordinario; si nos tomáramos el trabajo de interrogar con detenimiento a la Naturaleza, veríamos que todo lo que es perceptible a la vista ordinaria tiene algo, aun más importante, oculto dentro; el microscopio nos ha abierto un mundo; pero dentro de esas formas que el microscopio nos revela, existe un misterio que ningún instrumento puede alcanzar. El mundo todo está animado e iluminado hasta en las formas más materiales por un mundo interno. Este mundo interno es llamado Astral por alguna gente, y es un término tan bueno como cualquier otro, aun cuando significa meramente estrellado; pero las estrellas, como indicó Locke son cuerpos luminosos que alumbran por sí mismos.

Esta cualidad es característica de la vida que mora en la materia; pues los que la ven no necesitan para ello de lámpara alguna. La palabra star (estrella) se deriva del stir-an, to stir, to stir, anglo-sajón, moverse, y es indudable que la vida interna es dueña de la externa, del mismo modo que el cerebro del hombre guía el movimiento de sus labios. Así pues, aunque la palabra astral no es en sí un término muy excelente, me contento con ella para el objeto que ahora me propongo.

Toda la “Luz en el Sendero” está escrita en una clave astral, y por lo tanto, sólo puede ser descifrada por el que lee astralmente. Su enseñanza se dirige a la educación y desarrollo de la vida astral. Hasta que no se haya dado el primer paso en este desarrollo, el veloz conocimiento que se llama la intuición con la certeza, es imposible para el hombre y esta intuición positiva y cierta, es la única forma de conocimiento que permite a un hombre trabajar con rapidez, o alcanzar su verdadero estado elevado dentro de los límites de su esfuerzo consciente. Obtener conocimientos por medio de los experimentos, es un método demasiado fastidioso para los que desean realizar un verdadero trabajo; el que lo obtiene por intuición segura, pone manos en sus varias formas con rapidez suprema, por un fiero esfuerzo de la voluntad; lo mismo que el obrero determinado empuña sus herramientas indiferente a su peso o a cualquier otra dificultad que pueda presentársele. No se entretiene en probarlas una por una, sino que usa aquellas que le parecen más apropiadas.

Todas las reglas contenidas en “Luz en el Sendero” han sido escritas para todos los discípulos, pero sólo para los discípulos, esto es, para aquellos que adquieren el conocimiento. Para nadie que no sea estudiante de esta escuela, tienen interés sus leyes, ni

le son de ninguna utilidad. A todos los que se interesan seriamente en el Ocultismo, les digo en primer término: adquirid el conocimiento. A quien lo posee, le será dado. Es inútil esperar obtenerlo. La matriz del tiempo se cerrará para vosotros, y en edades muy lejanas permaneceréis sin nacer, desprovistos de poderes. Por tanto, digo a aquellos que tienen hambre y sed de conocimiento: estad atentos a estas reglas. No son obra ni invención mía. Son la mera expresión verbal de las leyes de la Naturaleza superior, la manifestación por medio de palabras, de verdades tan absolutas en su propia esfera, como las leyes que rigen las funciones de la tierra y de su atmósfera.

Los sentidos de que se habla en estas cuatro declaraciones, son los sentidos astrales o internos. Ningún hombre desea ver esa luz que ilumina el Alma, hasta que el dolor, el pesar y la desesperación lo han apartado de la vida de la humanidad ordinaria. Primeramente agota el placer, después agota el dolor, hasta que al fin sus ojos son incapaces de verter lágrimas.

Ésta es una verdad indudable, aunque sé muy bien que será recibida con una negativa vehemente por muchos que simpatizan con los pensamientos nacidos de la vida interna. Ver con el sentido astral de la vista, es una forma de actividad que es difícil de comprender de pronto. El hombre científico sabe muy bien qué milagro ejecuta cada niño que nace al mundo, cuando por primera vez conquista la visión y la obliga a obedecer a su cerebro. Un milagro semejante se realiza ciertamente para cada sentido; pero este ordenamiento de la vista es quizás el esfuerzo más estupendo. Sin embargo, el niño lo hace casi inconscientemente, por la fuerza poderosa de la costumbre heredada. Nadie se da cuenta ahora de haberlo hecho nunca, del mismo modo que no podemos recordar los movimientos individuales que nos permitieron subir una montaña hace un año. Esto proviene del hecho de que nos movemos y vivimos, y tenemos nuestro ser en la materia. Nuestro conocimiento de ella se ha hecho instintivo. Con nuestra vida astral sucede una cosa muy distinta. Durante largas edades del pasado, el hombre le ha prestado poca atención, tan poca, que ha perdido prácticamente el uso de sus sentidos. Es verdad que en todas las civilizaciones se levanta la estrella, y el hombre confiesa con mayor o menor necesidad y confusión que reconoce la existencia propia. Pero muy a menudo lo niega, y siendo un materialista, se convierte en ese ser extraño que no puede ver su propia luz; un ser viviente que no quiere vivir, un animal astral que tiene ojos y oídos, lenguaje y poder, y que, sin embargo no quiere usar ninguno de estos dones. Tal es el caso; y el hábito de la ignorancia se ha confirmado de tal modo, que ya nadie quiere ver con la visión interna, hasta que la agonía del sufrimiento haya quitado a los ojos físicos, no sólo la vista, sino las lágrimas, el rocío de la vida. Ser incapaz de llorar es haber hecho frente y vencido a la simple naturaleza humana, y haber alcanzado el equilibrio que no pueden hacer perder las emociones personales. No implica ninguna dureza de corazón ni indiferencia. No implica el agotamiento del pesar, cuando el alma que sufre parece impotente para seguir sufriendo de un modo agudo: no significa el frío de la vejez, cuando la emoción se entorpece porque las cuerdas que la hacían vibrar se están gastando. Ninguna de estas condiciones son propias de un discípulo, y si alguna de ellas existe en él, tiene que ser dominada antes de que pueda entrar en el Sendero. La dureza de corazón es propia del hombre egoísta, para quien la Puerta siempre está cerrada. La indiferencia pertenece al necio y al falso filósofo; aquéllos cuya tibieza los convierte en meros muñecos que carecen de fuerza para afrontar las realidades de la existencia. Cuando el dolor o el pesar ha gastado lo agudo del sufrimiento, el resultado es un letargo parecido al que acompaña a la vejez, el cual es experimentado comúnmente por los hombres. Semejante estado hace imposible la entrada en el Sendero

porque el primer paso es muy difícil y requiere un hombre fuerte, lleno de vigor psíquico y físico para intentarlo. Es una verdad, según Edgar Allan Poe dijo, que los ojos son las ventanas del alma, las ventanas del palacio encantado en que ella mora. Ésta es la interpretación más acertada del significado del texto. Si el pesar, la decepción, el abatimiento o el placer pueden estremecer el alma de manera que la hagan perder su asidero o la calma del Espíritu que la inspira, y el rocío de la vida brota, ahogando el conocimiento en la sensación, entonces todo se borra, las ventanas se oscurecen, la luz es inútil. Éste es un hecho tan literal como el de que si un hombre a la orilla de un precipicio pierde sus nervios por alguna emoción repentina, ciertamente caerá. La postura del cuerpo y el equilibrio tienen que ser conservados, no sólo en sitios peligrosos, sino hasta en terrenos llanos, y con toda la ayuda que la Naturaleza nos concede por la ley de la gravitación. Así sucede con el alma; es el eslabón entre el cuerpo externo y el Espíritu sidéreo del otro lado; la Chispa divina mora en el lugar silencioso en donde ninguna convulsión de la Naturaleza puede estremecer el aire; así sucede siempre. Pero el alma puede perder su asidero y su conocimiento de aquélla, aun cuando las dos son parte de un todo; sólo por la emoción y por la sensación se pierde la ligadura. El sufrir, el placer o el dolor causa una vibración vívida, que, para la conciencia del hombre, es vida. Ahora bien; esta sensibilidad, lejos de disminuir cuando el discípulo principia su educación, aumenta; tiene que sufrir, que gozar o soportar más sutilmente que otros hombres, en la misma proporción que se ha impuesto un deber que no existe para los demás: el de no permitir que su sufrimiento lo aparte de un determinado propósito. En resumen: desde el primer paso tiene que cuidar con firmeza de sí mismo, y llevar el bocado a su propia boca; nadie puede hacerlo por él. Los primeros cuatro aforismos de “Luz en el Sendero”, se refieren exclusivamente al desarrollo astral. Este desarrollo tiene que llevarse a efecto, hasta cierto punto -esto es, debe aprenderse resueltamente antes que el resto del libro llegue a ser realmente inteligible más que para el intelecto; en una palabra, antes que pueda leerse como un tratado práctico, no como un tratado metafísico. En una de las grandes Fraternidades místicas hay cuatro ceremonias que se verifican a principios de año, las cuales ilustran y dilucidan prácticamente estos aforismos. Hay ceremonias en las que sólo toman parte los novicios, porque son sencillamente oficios del vestíbulo. Pero se verá claro cuán grave cosa es hacerse discípulo cuando se entienda que todas son ceremonias de sacrificio. La primera es la que he venido tratando. El goce más sutil, el dolor más amargo, la angustia de la pérdida y la desesperación, se acumulan sobre el alma temblorosa que aún no ha encontrado la luz en la oscuridad, que está desamparada como un ciego; y hasta que estos choques puedan sufrirse sin perder el equilibrio, los sentidos astrales tienen que permanecer cerrados. El “médium” o el “espiritista” que se precipita en el mundo psíquico sin preparación, es un violador de la ley, un trasgresor de las leyes de la naturaleza superior. Los que violan las leyes de la Naturaleza pierden su salud física; los que violan las leyes de la vida íntima, pierden su salud psíquica.

Los “mediums” suelen volverse locos, suicidas, seres miserables, desprovistos de sentido moral, y a menudo concluyen siendo incrédulos, por dudar de aquello mismo que sus propios ojos han visto. Al discípulo se le obliga a ser su propio maestro antes de que se aventure en esta peligrosa senda e intente colocarse frente a frente de esos seres que viven y actúan en el mundo astral, a quienes llamamos Maestros, por razón de su gran conocimiento y de sus poderes, no sólo para dominarse a sí mismos, sino a las fuerzas que les rodean.

El estado del Alma cuando hace la vida de las sensaciones, en contraposición de la del conocimiento, es vibratorio u oscilante, en oposición al fijo.

Ésta es la interpretación literal más aproximada del hecho; pero es sólo literal para la inteligencia, no para la intuición. Para esta parte de la conciencia del hombre, se requiere un vocabulario diferente. La idea de lo “fijo” pudiera expresarse quizá por la de “en casa”. En la sensación no se puede tener casa permanente, porque el cambio es la ley de esta existencia vibratoria. Este hecho es el primero que debe aprender el discípulo. Es inútil detenerse y llorar por una escena de un kaleidoscopio que ha pasado. Es un hecho muy conocido, y que Bulwer Lytton trató con gran precisión, que la primera de todas las experiencias del neófito en Ocultismo, es una tristeza intolerable. Se apodera de él un sentimiento de vacío que convierte al mundo en un desierto y a la vida en una lucha vana. Con sólo proponerse contemplar el misterio inefable de su propia naturaleza superior, suscita la presentación de la prueba inicial. La oscilación entre el placer y el dolor cesa quizá por un momento; pero esto es bastante para hacerle desprender de los fuertes lazos que lo ataban al mundo de la sensación. Ha experimentado aunque brevísimamente la vida más grande; y continúa en la existencia ordinaria abrumado por un sentimiento de no realidad, de negación vacía y horrible. Ésta fue la pesadilla del neófito de Bulwer Lytton en “Zanoni”; y hasta el mismo Zanoni, que había aprendido grandes verdades y que se hallaba dotado de grandes poderes, no había pasado realmente el umbral en donde el temor y la esperanza, la desesperación y la alegría, parecen en un momento dadas realidades absolutas y al siguiente instante meras formas de la fantasía.

Esta prueba inicial nos la acarrea a menudo la misma vida; porque, después de todo, la vida es el gran maestro. Volvemos a estudiarla cuando hemos adquirido poder sobre ella, del mismo modo que el maestro de química aprende en el laboratorio más que sus discípulos. Hay personas que se hallan tan cerca de la puerta del conocimiento, que la vida misma las prepara para él, y ninguna mano individual tiene que invocar al horroroso guardián de la entrada. Éstas tienen, naturalmente, que ser organizaciones sutiles y vigorosas, capaces del placer más vívido; luego viene el dolor y llena su gran deber. Las formas más intensas del sufrimiento caen sobre semejante naturaleza, hasta que al fin se despierta del estupor de su conciencia, y por la fuerza de su vitalidad interna pasa por el umbral a un lugar de paz. Entonces, la vibración de la vida pierde su poder tiránico. La naturaleza sensible tiene aún que sufrir; pero el alma se ha libertado y se mantiene apartada, guiando la vida hacia su grandeza. Los que son vasallos del Tiempo y pasan lentamente por todos sus espacios, viven una larguísima serie de sensaciones, y sufren la mezcla constante del placer y del dolor. No se atreven a asir con vigor la serpiente del yo y vencerla, haciéndose así divinos; sino que prefieren continuar sufriendo las diversas experiencias, recibiendo golpes de las opuestas fuerzas.

Cuando uno de estos vasallos del Tiempo se decide a entrar en la senda del Ocultismo, ésta es su primera tarea. Si la vida no se la ha enseñado, si no es bastante fuerte para enseñarse a sí mismo, y si tiene el poder suficiente para pedir la ayuda de un Maestro, entonces se le impone esa terrible prueba descrita en “Zanoni”. La oscilación en que vive se para un momento, y tiene que sobrevivir al choque de afrontar lo que le parece el abismo de la nada.

Hasta que no haya aprendido a mirar en este abismo y haya encontrado la paz que allí existe, es imposible que sus ojos lleguen a ser incapaces de verter lágrimas.

II

“ANTES QUE EL OÍDO PUEDA OÍR, TIENE QUE HABER PERDIDO SU SENSIBILIDAD”

Las primeras cuatro reglas de “Luz en el Sendero” son indudablemente, por rara que parezca la afirmación, las más importantes de toda la obra, salvo una sola. La razón de su gran importancia es porque contienen la ley vital, la esencia misma creadora del hombre astral. Y sólo en la conciencia astral (o iluminada por sí) es donde tienen algún significado vivo las reglas que aquéllas siguen. Una vez alcanzado el uso de los sentidos astrales y comenzado su empleo, sirven de guía las reglas últimas. Al hablar así, quiero decir, por supuesto, que las primeras cuatro reglas son las que tienen importancia e interés para los que las leen impresas en letras de molde. Cuando se hayan grabado en el corazón del hombre y en su vida de un modo indubitable, entonces las otras reglas se hacen, no tan sólo interesantes, o declaraciones extraordinarias metafísicas, sino hechos reales en la vida, que hay que penetrar y experimentar.

Las cuatro reglas se hallan escritas en la gran cámara de toda Logia verdadera de una Fraternidad viva. Ya sea que el hombre vaya a vender su alma al diablo, como Fausto; ya tenga que ser vencido en la batalla, como Hamlet, o bien que esté destinado a pasar dentro del recinto, en cualquier caso estas palabras son para él. El hombre puede escoger entre la virtud y el vicio, pero no antes de que llegue a ser hombre; un niño o un animal salvaje no pueden hacer semejante elección. Así sucede con el discípulo; primeramente tiene que ser discípulo, aun antes de que él pueda ver las sendas para escoger entre ellas. El esfuerzo de convertirse en discípulo, el nacer de nuevo, ha que hacerlo por sí mismo sin ningún Maestro. Hasta que no se aprenden las cuatro reglas, ningún Maestro puede serle útil, y por esta razón se menciona a los “Maestros” en la forma que se hace. Ningún verdadero Maestro adepto con poderes, ya pertenezca a la derecha, ya a la izquierda, podrá influir en hombre alguno mientras no se hayan pasado estas cuatro reglas.

Las lágrimas, como he dicho, pueden ser llamadas el rocío de la vida. El Alma debe haber dejado a un lado las emociones de la humanidad, tiene que haber alcanzado un equilibrio que la desgracia no puede hacer perder antes que sus ojos puedan abrirse al mundo de lo sobrehumano. La voz de los Maestros recorre siempre el mundo; pero sólo la oyen aquellos cuyos oídos ya no perciben los sonidos que afectan la vida personal. La risa no alivia ya al corazón, la cólera ya no le enciende, las palabras dulces no producen su balsámico efecto. Porque aquello interno para lo cual son los oídos como una puerta externa, es en sí mismo un sitio de paz impasible que nada puede perturbar. Así como los ojos son las ventanas del alma, asimismo son los oídos sus puertas. Por su medio viene el conocimiento de la confusión del mundo. Los Grandes Seres que han conquistado la vida, que han llegado a ser más que discípulos, permanecen en paz, imperturbables en medio de la vibración y movimiento kaleidoscópico de la humanidad. Poseen dentro de sí conocimientos ciertos, así como una paz perfecta; y por esto no pueden excitarse ni emocionarse por los erróneos y parciales fragmentos de información que aportan a sus oídos las voces de los que les rodean. Cuando hablo del conocimiento, me refiero al conocimiento intuitivo. Esta información cierta no puede nunca obtenerse por el mucho trabajo ni por el experimento; pues estos métodos son tan sólo aplicables a la materia, y la materia es en sí una sustancia perfectamente incierta., constantemente afectada por el cambio. Las Leyes más absolutas y universales de la vida natural y física, como la entienden los hombres de ciencia, desaparecerán cuando desaparezca la vida de este

universo y quede sólo su Alma en el silencio. ¿Qué valor tiene entonces el conocimiento de sus leyes adquirido por el trabajo y la observación?

Ruego a los lectores y críticos que no crean que con lo que acabo de decir trato de rebajar la importancia del conocimiento adquirido, o la obra de los hombres científicos. Al contrario, entiendo que los hombres de ciencia son los precursores del pensamiento moderno. Los días de la Literatura y del Arte en que poetas y escultores vieron la luz divina y la interpretaron con su gran lenguaje, yacen sepultados en el lejano pasado con los escultores anteriores a Fidias y con los poetas anteriores a Homero. Los Misterios no gobiernan ya el mundo del pensamiento y de la belleza; la vida humana es el poder que dirige y no aquello que existe más allá de ella.

Pero los trabajadores científicos están progresando, no tanto por su propia voluntad, como por la mera fuerza de las circunstancias, hacia la línea lejana que divide las cosas interpretables de las no interpretables. Cada nuevo descubrimiento los hace dar un paso adelante; por tanto, estimo muy altamente el conocimiento que se adquiere por el trabajo y la experiencia.

Pero el conocimiento intuitivo es una cosa muy distinta. No se adquiere de ningún modo, sino que es, por decirlo así, una facultad del Alma; no del alma animal, de esa que se convierte en un fantasma después de la muerte, cuando la pasión, la atracción o la memoria de malos hechos la retienen en la vecindad de los seres humanos, sino el Alma divina que anima todas las formas externas del ser individualizado. Ésta es una facultad que reside en esta Alma, de la cual es inherente. El aspirante o discípulo tiene que elevarse a la conciencia de ella por un esfuerzo fiero, resuelto e indomable de la voluntad. Uso la palabra indomable por una razón especial. Sólo aquel que es indomable, que no puede ser dominado, que sabe que tiene que ejecutar el papel de Señor sobre los hombres, sobre los hechos, sobre todas las cosas, salvo su propia divinidad, puede despertar esa facultad. “Con la fe, todas las cosas son posibles.” Los escépticos se ríen de la fe y se vanaglorian por haberla ahuyentado de sus propias mentes. Lo cierto es que la fe es una gran máquina, un poder enorme, que verdaderamente puede realizar todas las cosas; pues es el contrato o compromiso entre la parte divina del hombre y su yo inferior. El uso de esta máquina, es del todo necesario para obtener el conocimiento intuitivo; si el hombre no cree que lleva en sí mismo este conocimiento, ¿cómo ha de pretenderlo y emplearlo? Sin él hállase más desamparado que cualquier madero o resto de naufragio entre las grandes olas del Océano. Es llevado de aquí para allí; así puede suceder al hombre por los cambios de fortuna. Pero tales aventuras son puramente externas y de muy poca importancia. Un esclavo puede ser arrastrado por las calles cargado de cadenas, y, sin embargo, retener el alma tranquila del filósofo, como se vio en la persona de Epicteto. Un hombre puede poseer grandes riquezas y poderes mundanos, y, según toda apariencia, ser dueño absoluto de su destino, y, sin embargo, no saber lo que es la paz ni la certeza, porque dentro de sí se halla a merced de todas las corrientes de pensamientos que chocan en él. Y estas corrientes distintas no arrastran tan sólo al hombre corporalmente de aquí para allí, como leño flotante en las aguas; esto no sería nada, sino que penetran por las puertas del Alma, la anegan y la vuelven ciega y vacía de toda inteligencia permanente, de manera que la afecten las impresiones transitorias. Para aclarar más el sentido de lo que he dicho, pondré un ejemplo. Considérese un autor disponiéndose a escribir, un pintor concibiendo un cuadro, un compositor escuchando las melodías que despuntan en su alegre imaginación; haced que cualquiera de estos trabajadores pase las horas del día en una ventana mirando una calle de mucho tránsito. El poder de la vida animada ciega igualmente a la vista y al oído, y el gran

tráfico de la ciudad no es para él más que una escena pasajera. Pero si un hombre cuya mente está vacía, cuyos días no tienen objeto, se hallare en esta misma ventana, observará a los transeúntes y recordará las caras que por algún concepto le interesaron. Así sucede a las mentes en su relación con la verdad eterna. Si no transmiten ya sus fluctuaciones, sus conocimientos parciales, sus inseguras informaciones al Alma, entonces, en el sitio interno de paz, se convierte en llama la luz del verdadero conocimiento; entonces los oídos principian a oír. Al principio, muy débil, muy vagamente. Y en verdad, son tan débiles y tiernas estas primeras indicaciones del principio de la vida real, que algunas veces son rechazadas como meras fantasías, meras imaginaciones. Pero antes de que éstas puedan convertirse en algo más que fantasía, tiene que afrontarse el abismo de la nada en otra forma. El silencio completo, que sólo puede venir cerrando los oídos a todo ruido transitorio, viene como un horror más espantoso que el mismo informe vacío del espacio. Nuestro concepto mental único del espacio vacío, es, a lo que creo, cuando se reduce a la expresión más sencilla del pensamiento, negra oscuridad. Esto constituye un gran terror físico para la mayor parte de las personas, y cuando se le considera como un hecho eterno e inmutable, tiene que traer a la mente la idea de la aniquilación más que otra cosa. Pero es la extinción sólo de un sentido; y el sonido de una voz puede venir y aportar consuelo hasta en las más profundas tinieblas. Una vez que el discípulo ha encontrado su camino en esta oscuridad, la cual es el espantoso abismo, debe cerrar de tal modo las puertas de su Alma, que ningún consolador pueda penetrar allí, así como ningún enemigo.

Y al hacer este segundo esfuerzo, es cuando el hecho de que el dolor y el placer no son más que una sensación, se hace notorio para aquellos que hasta entonces no habían podido percibirse de ello. Porque cuando se alcanza la soledad del silencio, el Alma siente tan fiero y apasionado apetito de sensación en que reposar, que una sensación dolorosa sería recibida con tanta ansia como una de placer. Cuando se llega a este estado de conciencia el hombre animoso, asiéndolo y reteniéndolo, puede destruir de golpe la “sensibilidad”. Cuando el oído cesa de distinguir entre lo placentero y lo doloroso, ya no volverá a ser afectado por la voz de los demás, y entonces está fuera de peligro y puede abrir las puertas del Alma.

La “vista” es el primer esfuerzo y el más fácil, porque se alcanza en parte por un impulso. La inteligencia puede conquistar el corazón, como es bien sabido en la vida ordinaria. Por tanto, este paso preliminar se halla todavía dentro de los límites de la Materia. Pero el segundo paso no permite semejante ayuda ni ninguna clase de auxilio. Por supuesto, por ayuda material quiero significar la acción del cerebro o las emociones del Alma Humana. Al obligar a los oídos a escuchar tan sólo el silencio eterno, el ser que llamamos hombre se convierte en algo que ya no es hombre. Un examen muy superficial de las mil y una influencias con que los demás nos afectan, demostrará que esto debe ser así. Un discípulo debe llenar todos los deberes de su virilidad; pero los llenará con arreglo a su propio sentimiento de rectitud, y no con arreglo al de otra persona o corporación. Éste es un resultado muy evidente de seguir la doctrina del conocimiento, en lugar de cualquiera de las creencias ciegas.

Para obtener el silencio puro necesario al discípulo, hay que poner a un lado el corazón y las emociones, el cerebro y sus intelectualidades. Unos y otros son mecanismos que perecen juntamente con la breve vida del hombre. La esencia en el más allá, aquello que es causa motora y que hace vivir al hombre, es lo que ahora le obliga a animarse y a obrar. Ésta es la hora de mayor peligro. En la primera prueba, los hombres se vuelven locos de temor; sobre esta primera prueba es sobre lo que escribió Bulwer Lytton. Ningún novelista ha hablado de la segunda prueba, aunque sí lo han hecho algunos poetas. Su peligro sutil y

grande consiste en el hecho de que en la medida de la fuerza de un hombre, está la medida de sus probabilidades de pasar más adelante o de poder siquiera luchar. Si tiene poder suficiente para despertar esa parte no acostumbrada de sí mismo, la Esencia Suprema, entonces, tendrá fuerzas para abrir las Puertas de Oro; entonces está el verdadero alquimista en posesión del elixir de vida. En este punto de la experiencia es donde el ocultista se separa de todos los demás hombres y entra en una vida peculiar suya en el sendero de los hechos individuales, en lugar de la mera obediencia a los genios que gobiernan nuestra tierra. Esta elevación propia a un poder individual le identifica realmente con las fuerzas más nobles de la vida y le convierte en uno con ellas. Porque ellas están más allá de los poderes de esta tierra y de las leyes de este universo. En este punto se encuentra la única esperanza de éxito del hombre en el gran esfuerzo: salvar de un salto la distancia desde su presente situación a la próxima y convertirse desde luego en parte intrínseca del poder divino, así como ha sido parte intrínseca del poder intelectual de la gran Naturaleza a la cual pertenece. Él se halla siempre más avanzado que sí mismo, si semejante contradicción puede comprenderse. Los hombres que se adhieren a esta posición, que creen en su poder innato de progreso y en el de la raza entera, son los Hermanos Mayores, los precursores. Todo hombre tiene que dar el gran salto por sí mismo y sin ayuda; sin embargo, es algo en que apoyarse el saber que otros han pasado por este camino. Es posible que se hayan perdido en el abismo; no importa, han tenido el valor de entrar. La razón porque digo que es posible que se hayan perdido en el abismo, es por el hecho siguiente: que el que haya pasado no es reconocible hasta que el otro estado, completamente nuevo, haya sido alcanzado por ambos. No hay necesidad de ocuparnos ahora de lo que es este estado. Sólo diré que cuando el hombre empieza a entrar en el estado del silencio, pierde el conocimiento de sus amigos, de los seres queridos, de todos los que ha amado; y también pierde de vista a sus Instructores ya aquellos que le han precedido en su camino. Explico esto porque raro es que al pasar por este estado no se queje con amargura. Si 1ª mente se hiciera cargo de antemano que el silencio tiene que ser completo, seguramente no se elevaría esta queja como un obstáculo en el Sendero. Vuestro Maestro o vuestro predecesor puede tener vuestra mano en las suyas y ofreceros la mayor simpatía de que es capaz el corazón humano. Pero cuando el silencio y la oscuridad vienen, perdéis todo conocimiento de Él; estáis solo, y Él no puede auxiliarnos, no porque su poder haya desaparecido, sino porque vos habéis invocado a vuestro gran enemigo.

Por vuestro gran enemigo significo vos mismo.

Si sois capaces de afrontar vuestra propia Alma en la oscuridad y en el silencio, habréis conquistado el yo animal o físico, el cual mora tan sólo en la sensación.

Esta declaración me temo parecerá confusa, pero en realidad es muy sencilla. Cuando el hombre ha alcanzado la madurez, y la civilización está en su apogeo, hallase entre dos fuegos. Si pudiese siquiera exigir su gran herencia, se desembarazaría de la carga de la vida animal sin dificultad. Pero no lo hace, y así las razas de hombres florecen, y luego caen y mueren y marchitan la faz de la tierra, por más espléndido que haya sido el florecimiento. Y se deja al individuo que haga este gran esfuerzo: rehusar ser espantado por su naturaleza superior, resistir el impulso de retroceso que viene de su yo menor o más material. Todo individuo que ejecuta eso, es un redentor de la raza. Puede no hacer ostentación de sus hechos, puede permanecer en el secreto y en el silencio; pero es un hecho que él constituye un eslabón entre el hombre y su parte divina; entre lo conocido y lo desconocido; entre el bullicio del mercado y la calma de los nevados Himalayas. No tiene que andar entre los hombres para formar este eslabón; en lo astral él es el eslabón, y este hecho hace de él un

ser de otro orden que el resto de la humanidad. Aún en el principio del camino hacia el conocimiento, cuando sólo ha dado el segundo paso encuentra que su planta está más segura y se hace consciente de que él es una parte reconocida del todo. Ésta es una de las contradicciones de la vida que ocurren tan a menudo y que proporcionan materia al escritor de ficciones. El ocultista las ve mucho más marcadas cuando trata de vivir 1ª vida que ha elegido. A medida que se retira dentro de sí y se hace dependiente de sí mismo, encuéntrase, de un modo más definido, que forma parte de una gran marea de determinado pensamiento y sentimiento. Cuando ha aprendido la primera lección, cuando ha conquistado el hambre del corazón y ha rehusado vivir en el amor de otros, se siente más capaz de inspirar amor. Al echar de sí la vida, ésta viene a él en una nueva forma y con un nuevo significado. El mundo ha sido siempre un sitio de muchas contradicciones para el hombre; cuando se convierte en discípulo, ve que la vida se describe como una serie de paradojas. Éste es un hecho en la Naturaleza y la razón de ello es bastante comprensible. El alma del hombre “mora como una estrella aparte” aun la más vil de entre nosotros, mientras que su conciencia está bajo la ley de la vida vibratoria y de sensaciones. Esto solo es bastante para causar esas complicaciones de carácter que son el material para el novelista; cada hombre es un misterio, tanto para sus amigos como para sus enemigos. Sus motivos son a menudo indescifrables, y no pueden probar ni saber por qué hace esto o aquello. El esfuerzo del discípulo es el de despertar la conciencia en esta estrellada parte de sí mismo, donde su poder y divinidad duermen. Cuando esta conciencia se despierta, la contradicción en el hombre mismo se marca más que nunca, y así sucede con las paradojas que muestra en su vida. Porque, por supuesto, el hombre crea su propia vida; y aquello de que “las aventuras son para los aventureros”, es uno de sus sabios proverbios sacados de los hechos reales que abarcan toda el área de la experiencia humana. La presión sobre la parte divina del hombre reacciona sobre la parte animal. Así que el alma silenciosa se despierta, hace la vida ordinaria del hombre más determinada, más viva, más real y responsable. Refiriéndonos a los dos ejemplos ya mencionados, el Ocultista que se ha retirado dentro de su propia fortaleza, ha encontrado su fuerza e inmediatamente reconoce las exigencias que el deber le impone. Él no obtiene su fuerza por su propio derecho, sino porque es una parte del todo; y tan pronto como se halla libre de la vibración de la vida y puede permanecer inquebrantable, el mundo externo le grita que venga y que trabaje con él. Lo mismo sucede con el corazón. Cuando ya no desea tomar, se le pide que dé con abundancia. “Luz en el Sendero” ha sido llamado un libro de paradojas, y muy justamente; ¿qué otra cosa podía ser cuando trata de la experiencia personal efectiva del discípulo? El haber adquirido los sentidos astrales de la vista y el oído, o en otras palabras, haber alcanzado la percepción y abierto las puertas del Alma, son tareas gigantescas que pueden exigir el sacrificio de muchas sucesivas encarnaciones. Y, sin embargo, cuando la voluntad ha alcanzado su fuerza, todo el milagro puede obrarse en un segundo de tiempo. Entonces el discípulo deja de ser el servidor del Tiempo. Estos dos primeros pasos son negativos, esto es, implican la retirada de un presente estado de cosas más bien que un avance hacia otro. Los dos siguientes son activos e implican el avance a otro estado de ser.

III

“ANTES QUE LA VOZ PUEDA HABLAR EN PRESENCIA DE LOS MAESTROS”

El lenguaje es el poder de comunicación; el momento de la entrada en la vida activa está marcado por su adquisición.

Y ahora, antes de seguir adelante, permitidme hacer una corta explicación acerca del modo como están combinadas las reglas expuestas en “Luz en el Sendero”. Las siete primeras de las numeradas son subdivisiones de las dos primeras reglas sin numerar, de las cuales he tratado en las anteriores páginas. Las reglas numeradas son simplemente un esfuerzo para hacer más inteligibles las no numeradas. Estas reglas numeradas, desde la regla “ocho” hasta la “quince”, pertenecen a la no numerada que constituye mi presente texto.

Como he dicho, estas reglas están escritas para todos los discípulos, para nadie más; no interesan a ninguna otra persona. Por tanto, espero que ningún otro vuelva a tomarse el trabajo de seguir leyendo estos escritos. Las dos primeras reglas comprenden toda aquella parte del esfuerzo que necesita el uso del bisturí. Pero es de esperar que el discípulo luche con la serpiente, su yo interior, sin ayuda ajena, reprimiendo sus pasiones y emociones humanas con la fuerza de su propia voluntad. Sólo puede pedir el auxilio de un Maestro cuando ha ejecutado esto, o por lo menos, en parte. De otro modo las ventanas y puertas de su Alma están obstruidas, cegadas y oscurecidas, y ningún conocimiento puede llegar a él. No es mi propósito en estos escritos decir al hombre cómo ha de manejarse con su propia Alma; mi propósito es simplemente dar el conocimiento al discípulo. Si aún ahora no escribo de manera que todo el que se interese pueda leer, debido es a que la Naturaleza Superior lo impide con sus propias inmutables leyes. Las cuatro reglas que he escrito para aquellos que en Occidente deseen estudiarla, están escritas, como ya he dicho, en la antecámara de toda Fraternidad viva; digo más: en la antecámara de toda Fraternidad u Orden viva o muerta, o todavía por formar. Cuando hablo de una Fraternidad o de una Orden, no quiero decir cualquiera constitución arbitraria formada por escolásticos e intelectualistas; significo con ello un hecho efectivo en la Naturaleza Superior, un estado de desarrollo encaminado hacia el Dios o Bien absoluto. Durante este desenvolvimiento, el discípulo encuentra armonía, conocimiento puro, verdad pura en diferentes grados, y, así que entra en estos grados, se ve que se está convirtiendo en parte de lo que groseramente pudiera llamarse una Capa de conciencias humanas. Se encuentra con sus iguales, hombres que tienen su propio carácter impersonal, y con ellos se asocia de un modo indisoluble y permanente porque esta asociación está fundada en un parecido vital de la naturaleza. Con ellos se une con tales votos, que no requieren expresión ni forma en palabras ordinarias. Esto es un aspecto de lo que indico por Fraternidad.

Si las primeras reglas son dominadas, el discípulo se encuentra en el vestíbulo. Entonces si su voluntad es suficientemente resuelta, adquiere el poder de hablar: un poder doble; pues a medida que avanza así, se encuentra entrando en un estado de florecimiento, donde cada capullo se abre y lanza sus diversos rayos o pétalos. Si ha de ejercitar un nuevo don, debe usarlo en su carácter doble. Encuentra en sí mismo el poder de hablar en presencia de los Maestros; en otras palabras, tiene derecho de pedir el contacto con elementos más divinos de ese estado de conciencia en que ha entrado. Pero se ve obligado, por la naturaleza de su estado, a obrar de dos maneras a la vez. No puede lanzar su voz a las alturas donde se hallan los dioses hasta que haya penetrado en los sitios profundos en donde sus luces no brillan de ningún modo. Hallase entre las garras de una ley de hierro. Si pide ser un neófito, en el mismo momento se convierte en un servidor. Sin embargo, su servicio es sublime, aunque no sea sino por el carácter de los que lo comparten. Porque los Maestros son también servidores. Ellos sirven y piden su recompensa después. Parte de su servicio es dejar que su conocimiento lo toque; su primer acto de servicio es dar algo de este conocimiento a aquellos que aún no están en condiciones para estar donde él está. Esto no es ninguna decisión arbitraria, impuesta por ningún Maestro o Instructor, ni por cualquier

persona semejante por más divina que sea. Es la ley de la vida en que el discípulo ha penetrado. Por esto estaba escrito en la puerta interior de las Logias de la antigua Fraternidad egipcia: “El labrador es digno de su salario”.

“Pide y se te dará”, suena como algo demasiado fácil y sencillo para ser creíble. Pero el discípulo no puede “pedir”, en el sentido místico en que se usa la palabra en esta escritura hasta que ha adquirido el poder de ayudar a otros.

¿Por qué es esto? ¿Suena esta declaración demasiado dogmáticamente?

¿Es demasiado dogmático decir que un hombre debe apoyar el pie en tierra firme antes de poder saltar? La posición es la misma. Si ayuda, si trabaja, entonces hay un derecho efectivo, no lo que se llama un derecho personal de pago, sino el derecho de la co-naturaleza. Los divinos dan; ellos piden que vos también deis ante que podáis ser de su familia.

Esta ley se muestra tan pronto como el discípulo trata de hablar; pues el lenguaje es un don que sólo viene al discípulo de poder y de conocimiento. El espiritista entra en el mundo psíquico astral, pero no encuentra ningún lenguaje cierto, a menos que lo pretenda en seguida y prosiga obrando así. Si está interesado en los “fenómenos” o en las meras circunstancias y accidentes de la vida astral, entonces no penetra en ningún rayo directo de pensamiento y objeto; no pasa de existir allí, y se divierte en la vida astral, así como ha existido y se ha divertido en la vida física. Ciertamente hay una o dos sencillas lecciones que lo psíquico astral puede enseñarle, del mismo modo que hay lecciones sencillas que aprender de la vida material e intelectual. Y estas lecciones tienen que aprenderse; el hombre que se propone entrar en la vida del discípulo sin haber aprendido las primeras y sencillas lecciones, tiene que sufrir siempre por su ignorancia. Son vitales y deben estudiarse de una manera vital; deben experimentarse del modo más completo y una y otra vez de manera que cada parte de la naturaleza haya sido penetrada por ellas. Volviendo al asunto. Al pretender el poder de hablar, según se le llama, el neófito dirígese al Gran Ser, que está el primero en el Rayo del conocimiento en el cual ha entrado, para que le guíe. Cuando hace esto, su voz es rechazada por el poder al cual se ha aproximado, resonando su eco en los más recónditos retiros de la ignorancia humana. De un modo confuso, borroso, llega a cuantos hombres quieren escucharlo la noticia de que hay conocimiento y un poder benéfico que enseña. Ningún discípulo puede cruzar el vestíbulo sin comunicar esta noticia y sin consignarla de algún modo. Detiéndose horrorizado ante el modo imperfecto y falto de preparación en que se ha hecho esto, y entonces viene el deseo de hacerlo bien, y con el deseo de ayudar así a los demás, viene el poder. Porque es un deseo puro el que siente: él no puede obtener crédito alguno ni gloria, ni recompensa personal llevándolo a cabo, y por eso obtiene el poder de cumplirlo.

La historia de todo el pasado, tan remotamente como podemos verla, demuestra muy claro que no hay crédito, ni gloria, ni recompensa que ganar en esta primera tarea que se da al neófito. Los místicos siempre han sido desdeñados y los Videntes no creídos; aquéllos que han tenido además el poder de la inteligencia, han dejado a la posteridad sus escritos, los cuales, para la mayor parte de los hombres, parecen sin sentido y visionarios, hasta cuando los autores han tenido la ventaja de hablar en un remoto pasado. El discípulo que emprende la tarea, esperando secretamente la fama o éxito de aparecer como un maestro y apóstol ante el mundo, fracasa aun antes de haberla emprendido, y su oculta hipocresía envenena su propia Alma y las almas de los que enseña. Él se rinde culto a sí mismo, en secreto, y esta práctica ególatra tiene que acarrear la debida retribución.

El discípulo que tiene poder para entrar y es bastante fuerte para salvar todas las barreras, se olvidará por completo de sí mismo cuando el mensaje divino llegue a su Espíritu, en la nueva conciencia que le invade. Si este elevado contacto puede realmente despertarlo, conviértese en uno de los Divinos, en su deseo de dar más bien que de tomar, en su deseo de ayudar más bien que ser ayudado, en su resolución de alimentar al hambriento, más bien que recibir el maná del cielo mismo. Su naturaleza se transforma, y el egoísmo que impulsa las acciones de los hombres en la vida ordinaria le abandona por completo.

IV

“ANTES QUE LA VOZ PUEDA HABLAR EN PRESENCIA DE LOS MAESTROS, TIENE QUE SER INCAPAZ DE HERIR.”

Los que sólo conceden una atención pasajera y superficial al asunto del Ocultismo -su nombre es legión- preguntan constantemente por qué, si existen en la vida Adeptos, no aparecen en el mundo y muestran su poder. El que la corporación principal de estos Sabios se sepa que mora más allá de los desiertos de los Himalayas, parece una prueba suficiente para demostrar que son tan sólo figuras de paja. De otro modo, ¿por qué situarlos tan lejos? Desgraciadamente, la Naturaleza ha hecho esto, y no ningún arreglo ni impulso personal. Hay ciertos lugares en la tierra donde el avance de la “civilización” no se siente, y donde la fiebre del siglo XX no penetra. En estos favorecidos lugares siempre hay tiempo, siempre hay oportunidad para las realidades de la vida; no están llenas de los hechos de una sociedad aglomerada, ansiosa de dinero y de placeres. Mientras haya Adeptos en la tierra, ésta debe reservarles sitios retirados. Esto es un hecho en la Naturaleza, el cual es sólo una expresión externa de un hecho profundo en la Naturaleza Superior. La reclamación del neófito queda sin oír hasta que la voz en que se pronuncia ha perdido todo el poder de herir. Esto es, porque la vida astral divina es lugar donde reina el orden como reina en la vida natural. Hay siempre, por supuesto, el centro y la circunferencia como lo hay en la Naturaleza. Muy cerca del corazón central de la vida, en cualquier plano existe el conocimiento; allí el orden reina por completo, y el caos hace vago y confuso el margen exterior del círculo. En resumen: la vida en todas sus formas tiene una semejanza más o menos pronunciada a una escuela filosófica. Hay siempre los devotos del conocimiento, que olvidan su propia vida en persecución del mismo; hay siempre la multitud locuaz, que va y viene. De éstos dijo Epicteto, que era tan fácil enseñarles la filosofía como comer natillas con tenedor. El mismo estado existe en la vida supra astral; y el Adepto tiene allí una reclusión más profunda en que mirar. Este retiro está tan fuera de peligro, tan guarecido, que ningún son discordante puede llegar a sus oídos. ¿Por qué ha de ser esto, se preguntará, si Él es un ser de tan gran poder como dicen los que creen en su existencia?

La contestación es patente. Él sirve a la humanidad y se identifica con el mundo todo; Él está pronto a sacrificarse por éste en cualquier momento -viviendo, no muriendo por él-. ¿Por qué no ha de morir por él? Porque Él vive bajo leyes de orden que no quiere violar. Su vida no le pertenece, sino a las fuerzas que obran tras Él. Él es la flor de la Humanidad, la florescencia que contiene la Semilla Divina. Él es en su propia persona un tesoro de la Naturaleza universal, el cual se guarda y se defiende a fin de que la fructificación sea perfecta. Sólo en ciertos períodos definidos de la historia del mundo se le permite andar entre el rebaño de hombres como su Redentor. Pero para aquellos que tienen el poder de separarse de este rebaño, se halla Él siempre dispuesto. y para aquellos que son bastante fuertes para conquistar los vicios de la naturaleza personal humana, según se ha explicado

en estas cuatro reglas, se halla Él conscientemente dispuesto, fácilmente reconocido, pronto a contestar. Pero esta conquista del yo implica la destrucción de las cualidades que la mayor parte de los hombres consideran, no sólo como indestructibles, sino como deseables. El “poder de herir” comprende mucho de lo que el hombre aprecia no sólo en sí, sino en otros. El instinto de la propia defensa y conservación, es una parte de ello, así como la idea de que uno tiene derecho o derechos, ya como ciudadano o como hombre, o como individuo, la satisfacción que causa la conciencia del propio respeto y de la virtud. Esto es duro para muchos; sin embargo, es verdad; pues estas palabras que ahora escribo, y las que he escrito sobre el asunto, no son, en ningún sentido, mías. Son sacadas de las tradiciones de la Logia, de la Gran Fraternidad, que fue en un tiempo el esplendor secreto de Egipto. Las reglas escritas en su antecámara eran las mismas que se hallan ahora escritas en la antecámara de Escuelas existentes. En todos los tiempos los Sabios han vivido aparte de la masa. y hasta cuando algún propósito u objeto temporal induce a Uno de Ellos a venir en medio de la humana vida, su reclusión y seguridad son conservadas tan completamente como siempre.

Es una parte de su herencia, parte de su posición, tiene derecho efectivo a ello, y no puede desecharla, así como el Duque de Westminster no puede decir que no quiere ser Duque de Westminster. En todas las grandes ciudades del mundo vive un Adepto un corto tiempo de vez en cuando, o quizás sólo pasa por ella; pero todas son en ocasiones ayudadas por el poder efectivo y la presencia de uno de estos Hombres. Aquí en Londres, lo mismo que en París y en Petrogrado, hay hombres de elevarlo desarrollo. Pero sólo se les conoce como místicos por aquellos que tienen el poder de conocer; poder obtenido por la conquista del yo. De otro modo ¿cómo podrían ellos existir, ni aun una hora, en semejante atmósfera mental y psíquica como la creada por la confusión y desorden de una ciudad? A menos de estar protegidos y seguros, su crecimiento sería impedido, su obra perjudicada. El neófito puede encontrar un Adepto en la carne, puede vivir en la misma casa que Él, y sin embargo, estar imposibilitado de reconocerle y de hacer que oiga su voz. Porque ninguna proximidad de espacio, ninguna intimidad de relaciones puede hacer desaparecer las leyes inexorables que dan al Adepto su reclusión. Ninguna voz penetra en su oído interno hasta que ha llegado a ser una voz divina, una voz que no tiene palabras para los gritos del yo. Cualquier llamada inferior sería tan inútil, un gasto de fuerza y de poder tan superfluo, como el que un profesor de filología enseñase el alfabeto a los niños. Hasta que el hombre no llegue a ser en su corazón y espíritu un discípulo, no existe para aquellos que son Maestros de discípulos. Y se llega a ser esto sólo por un medio: la renuncia de la humanidad personal. Para que la voz llegue a ser incapaz de herir, tiene el hombre que haber alcanzado aquel punto en donde se ve solamente como uno de tantos entre la vasta multitud que vive: uno de los granos de arena arrastrados de aquí para allí por el mar de la existencia vibratoria. Se dice que cada grano de arena en el lecho del Océano es arrastrado por turno a la orilla, y permanece por un momento a la claridad del sol. Así sucede con los seres humanos; son arrastrados de aquí para allí por una gran fuerza, y cada uno a su vez siente los rayos del sol. Cuando un hombre es capaz de considerar, de este modo, su propia vida como parte de un todo, no seguirá luchando para obtener algo para sí. Ésta es la renuncia de los derechos personales. El hombre ordinario espera, no el participar de igual fortuna que el resto del mundo, sino salir mejor librado que los demás en todo lo que le interesa. El discípulo no espera esto. Por tanto aunque sea un esclavo encadenado como Epicteto, nada tiene que decir. Sabe que la rueda de la vida da vueltas incesantemente. Burne Jones lo ha demostrado en un maravilloso cuadro; la rueda da vueltas, ya ella están

atados los pobres y los ricos, los grandes y los pequeños; cada uno tiene su momento de buena suerte, cuando la rueda la lleva a lo más alto; el rey se eleva y cae, el poeta es festejado y olvidado, el esclavo es dichoso y después abandonado. Cada cual es a su vez aplastado a medida que la rueda da vueltas. El discípulo sabe que esto es así; y aunque su deber es sacar el mayor partido posible de la vida que es suya, ni se queja ni se engríe por ello, así como tampoco se queja de la mejor suerte de otros. Todos igualmente, como él sabe muy bien, no hacen más que aprender una lección; y se sonríe ante el socialista y el reformador que tratan de reorganizar por la mera fuerza las circunstancias que surgen de las fuerzas de la misma naturaleza humana. Esto es dar coses contra el aguijón, un gasto inútil de vida y de energía.

Al penetrarse de esto el hombre renuncia a sus imaginarios derechos individuales de cualquier clase que sean. Esto hace desaparecer un agudo aguijón que es común a todo hombre ordinario. Cuando el discípulo ha reconocido por completo que hasta el pensamiento mismo de los derechos individuales es sólo la expresión de la venenosa cualidad que en él reside, que es el silbido de la serpiente del yo, que envenena con su mordedura su propia vida y la vida de los que lo rodean, entonces se encuentra pronto a tomar parte en una ceremonia anual que está abierta a todos los neófitos que están preparados para ella. Todas las almas defensivas y ofensivas son desechada;: todas las armas de la mente y del corazón, del cerebro y del espíritu. Ya no podrá considerar a otro hombre como a persona a quien haya de criticar o condenar; ya no podrá el neófito levantar su voz para excusa o defensa propias. Desde esta ceremonia vuelve al mundo tan desamparado, tan indefenso como un recién nacido.

Esto, en verdad, es lo que él es. Ha principiado a nacer de nuevo en el plano superior de vida, esa llanura bien alumbrada y barrida por la brisa, desde donde los ojos distinguen inteligentemente y miran al mundo con una nueva percepción.

He dicho, un poco antes, que después de abandonar el sentido de los derechos individuales, el discípulo tiene también que desprenderse del sentido propio del respeto y de la virtud. Esto puede parecer una doctrina terrible, pero es un hecho. Aquel que se cree más santo que los demás; aquel que siente algún orgullo por estar exento de vicios y de locuras; aquel que se cree sabio o en algún modo superior a sus semejantes, es incapaz de ser un buen discípulo. El hombre tiene que convertirse en niño antes de entrar en el reino de los cielos.

La virtud y la sabiduría son cosas sublimes, pero si pueden crear orgullo y conciencia de separatividad del resto de los humanos en la mente del hombre, entonces no son más que la serpiente del yo reapareciendo en una forma más sutil. En cualquier momento puede revestir su forma más grosera, y morder con tanta rabia, como si inspirase la acción de un asesino que mata por lucro o por odio, o la de un político que sacrifica la masa por su propio interés o el de su partido.

En resumen: el ser incapaz de herir implica que la serpiente, no sólo está inutilizada, sino muerta. Cuando sólo está sumida en estupor o adormecida, vuelve a despertar, y entonces el discípulo emplea su conocimiento y su poder en fines propios, y es un discípulo de los muchos maestros del Arte Negro, pues el camino hacia la destrucción es muy ancho y fácil, y puede encontrarse a ciegas. Que es el camino hacia la destrucción, es evidente; pues cuando un hombre principia a vivir para el yo, estrecha constantemente su horizonte, hasta que por fin la fiera corriente hacia dentro no le deja sino el espacio de una cabeza de alfiler en que morar. Todos hemos visto este fenómeno ocurrir en la vida ordinaria. El hombre que se hace egoísta se aísla, se vuelve menos interesante y menos agradable a los demás. El espectáculo es espantoso, y las gentes se apartan finalmente de una persona muy egoísta

como de una fiera. ¡Cuánto más terrible es esto cuando ocurre en un plano más avanzado de la vida, con la añadidura de los poderes del conocimiento y a través del remolino de sucesivas encarnaciones! Por tanto, digo, deteneos y pensad bien en el vestíbulo. Porque si la reclamación del neófito se hace sin la purificación completa, no penetrará en el retiro del Adepto divino, sino que evocará las terribles fuerzas que esperan en el lado sombrío de nuestra humana naturaleza.

V

“ANTES QUE EL ALMA PUEDA ERGUIRSE EN PRESENCIA DE LOS MAESTROS, TIENEN SUS PIES QUE LAVARSE EN LA SANGRE DEL CORAZÓN”

La palabra Alma que se lisa aquí, quiere decir el Alma Divina o “Espíritu sidéreo”. “Ser capaz de erguirse es tener confianza; y tener confianza significa que el discípulo está seguro de sí mismo, que ha renunciado a sus emociones, a su propio yo y hasta a su humanidad; que es incapaz de temores y de dolor inconsciente; que su conciencia toda está concentrada en la Vida Divina, expresada simbólicamente por el término “los Maestros”; que sólo tiene ojos, oídos, lenguaje y poder por el Rayo Divino, en el cual ha tocado su sentido más elevado. Entonces está exento de temor, libre de sufrimiento, libre de ansiedad o abatimientos; su Alma, sin apocarse ni desear aplazamiento, se encuentra por completo dentro de la llama de la Luz Divina, la cual compenetra totalmente su ser. Entonces ha tomado posesión de su herencia y puede reclamar su puesto entre los Instructores de los hombres; él está erguido, ha levantado su cabeza, respira el mismo aire que Ellos.

Pero antes que le sea posible hacer esto, los pies del Alma tienen que lavarse en la sangre del corazón. El sacrificio o renuncia al corazón de hombre y a sus emociones, es la primera regla; implica el “alcanzar el equilibrio que no puede ser destruido por las emociones personales”. Esto lo hace el filósofo estoico; él también está aparte y considera con igual actitud sus propios sufrimientos y los de los demás. Del mismo modo que las “lágrimas” en el lenguaje del Ocultismo expresan el alma de las emociones, no su apariencia material, así la sangre expresa, no esa sangre esencial a la vida física, sino el principio vital creador de la naturaleza del hombre, que lo arrastra a la vida humana, a fin de experimentar el dolor y el placer, la alegría y el pesar.

Cuando ha dejado correr la sangre de su corazón, hallase en presencia del Maestro como un Espíritu puro, que ya no desea encarnar por las emociones y las experiencias. Por grandes ciclos quizá le aguardan muchas encarnaciones sucesivas: pero él ya no las desea; el deseo crudo de vivir le ha abandonado. Cuando asume la forma del hombre en la carne, lo hace siguiendo un objetivo divino: el llevar a efecto la obra de “los Maestros” y con ningún otro fin. No busca el placer ni el dolor; no pide cielo alguno y no teme ningún infierno; sin embargo, ha entrado en posesión de una gran herencia, que no es tanto una compensación por las cosas que se han renunciado, como un estado que simplemente borra en absoluto la memoria de ellas. Él no vive en el mundo, sino con él; su horizonte se ha extendido a la amplitud de todo el universo.

EL GRITO LEJANO

A los estudiantes de “Luz en el Sendero”

I

Las sentencias preliminares de “Luz en el Sendero” son el grito lejano que de allende las encarnaciones se dirige a quienes en ellas están batallando. Mientras el hombre está preso en el cuerpo carnal, no es capaz de columbrar siquiera el estado a que aquellas sentencias se refieren, porque en la actualidad cruza el valle de lágrimas, está sujeto al dolor y no puede vivir sin causarlo. Por el poder de su viviente corazón, completa el hombre la experiencia y se une conscientemente al Todo. Aquellas sentencias preliminares dan la clave del misterio y alientan la maravillosa promesa de un lejano porvenir que hace soportable nuestra peregrinación. Esas sentencias estacionan en el comienzo del Sendero el rayo que surge del término en donde resplandece la plena luz; el rayo que ilumina todo su trayecto y guía y consuela al que peregrina en el amargo camino.

No hay humanos ojos que sean incapaces de lágrimas, ni aun los del Maestro, del Adepto o del Instructor durante su vida mortal. Desde que la ilusión y la ignorancia comienzan a desvanecerse del alma; desde que la iluminación empieza a disipar la oscuridad, el discípulo se entristece porque ve por doquiera ignorancia y el sufrimiento que de ella se deriva. Las lágrimas son como rocío en tierra seca, y el hombre se marchitaría en la aridez del mundo material si no hiciese brotar de sí mismo aquella ternura plasmada con lágrimas que, al ablandarlo interiormente, desatan el férreo límite de separación. No le es permitido al hombre conocer cuándo sus ojos sean incapaces de llanto, porque si lo fuera mientras se halla en el estado que llamamos humano, se convertiría en un miembro de la tenebrosa sociedad que lucha por la ruina de la raza. La piedad infinita, la profunda tristeza y compasión, caracterizan al hombre iluminado y son parte intrínseca de la naturaleza de los Redentores de la raza, quienes sólo podrán deponerlas en la misma puerta de la eterna vida, cuando los salvadores y pastores hayan conducido seguramente sus rebaños hasta ella ya través de ella. Pero justo y necesario para el discípulo es saber qué hay una Hora futura en que se enjugarán las lágrimas y no volverán jamás a manar; en que se agotará toda fuente de tristeza y en que, redimida ya la esclavizada naturaleza del hombre, se vea por siempre libre de los torcedores del deseo. No apetecerá ya revestirse de naturaleza humana, y en la condición en que vuelva a nacer será inconcebible el sentimiento que llamamos tristeza. Pero ninguno puede atravesar aquella puerta de la eterna vida hasta que todos la atraviesen; porque al alma purificada y perfecta, a quien le fuera fácil cruzarla para entrar en la vida, se lo impiden los vínculos de simpatía que la unen con otras almas a las que ama mucho más que a sí misma; se lo impiden los profundos cauces de compasión henchidos de aquellas lágrimas que son estigma de la humanidad y una de sus principales glorias. El ser etéreo que mora en un cuerpo material, derrama lágrimas mucho más acrisoladas y sutiles que las que manan de los ojos físicos; y el espíritu llora cuando está en el umbral de la materia y en su oscuridad le sumen las leyes de amor y vida y los vínculos de asociación y parentesco. Así, todo su ser queda suavizado y fundido por el rocío de su propia ternura. Todos los hombres han de estar así suavizados y fundidos antes de poder llegar al estado en que sean incapaces de llanto. Entonces verán los ojos del espíritu puro lo que ahora no tiene para nosotros ni forma ni color, porque es invisible y sólo puede comprenderse por la fe. Esta virtud es la primera cualidad esencial del discípulo que ha oído el grito lejano y quiere entrar en el sendero que eventualmente ha de conducirlo al estado en que sea capaz de ver.

Lo que llamamos auditividad del ser emancipado y redimido, es la completa conciencia de todo cuanto es, pudiendo discernir fácilmente un sonido de otro, aún sin necesidad de separarlos. El Todo se revela en su viviente actividad a la incesante comprensión de quien es capaz de oír. Esta delicadeza auditiva únicamente es posible cuando los sentidos no sólo han sido sojuzgados sino enteramente desechados con las carnales vestiduras a que pertenecieron. La comprensión por medio de los sentidos ha de haber ya cesado enteramente antes de que el libre y purificado espíritu pueda tener conciencia del Todo mediante la atención.

La intensidad sensitiva debe aumentar en cada subsiguiente encarnación, a fin de que el espíritu adquiera sabiduría y experiencia y progrese y se eleve realizando los requeridos avances hacia aquella condición en que es posible la conciencia directa.

No hay sonido ni llamada ni aún el más leve grito que pueda ser ignorado o desoído impunemente; porque si el espíritu prefiere permanecer en la ignorancia habrá de aprender lecciones más severas y tardías. Toda enseñanza y experiencia crece en severidad con el progreso del espíritu y el avance de la raza, según nos lo enseña el tiempo; y sólo así puede la raza ser introducida en el eternal estado e incitada a cruzar los umbrales del nacimiento en la plenitud de su ser. El grito lejano del Maestro al discípulo entraña un mandamiento aún mayor en lo que concierne al poder de la palabra que en lo tocante a la vista y al oído. El lenguaje es fuerza creadora y la palabra hablada sólo puede proferirla el ser perfecto que participa de los atributos del poder divino. Por la palabra fueron hechos los cielos y la tierra para educación y desenvolvimiento del alma humana; y por la palabra serán hechos todavía innumerables cielos y tierras para las razas necesitadas de la prueba de morar en ellos. El discípulo que ha conquistado su ser y lo cede al Todo, cobija en su interior el germen de cada uno de los poderes propios del ser purificado y perfecto. Posee aquella confianza dimanante a la par del renunciamiento de los deseos personales y de la conciencia del Todo; posee aquella auditividad que recoge los ecos de multitud de voces ya gozosas, ya afligidas; posee aquella visión que le muestra las vidas, las angustias y esperanzas de otros hombres haciéndole capaz de penetrar en el corazón de aquellos a quienes se asocia; y en fin, adquiere tal conocimiento de los hombres que su presencia entre ellos desenvuelve y provoca la fuerza creadora y vigoriza el poder de amor. El discípulo que tan lejos llega y contempla la maravilla de su propia alma viviente, es capaz de leer en el porvenir de los hombres. Sabe lo que significa el grito lejano que ha oído, y escucha la voz resonante en el silencio con que le llaman los zapadores de la raza, sitos en la puerta de la vida eterna. Puede entrar en el Palacio de las Enseñanzas y ver allí escritas las palabras comprensivas del destino y del porvenir de la raza. Allí están expuestas las lecciones que ha de aprender el hombre y que contornean lo futuro. Sólo la tardanza del individuo en entrar en la vida del Todo y renunciar a sus personales deseos es lo que retarda el progreso de la raza entera. Los peldaños se extienden abiertamente ante todos y cada uno de los hombres y han de escalarse en su debido orden. Los zapadores que ya treparon al más elevado, deben esperar allí a los perezosos y aun descender para sostenerlos y alentarlos, porque el espíritu de la humanidad es un todo indivisible. Fe, esperanza y amor son las tres virtudes capitales de todo aquel que camina hacia la luz. La fe es una perfecta seguridad de aquello que conocemos aunque no podamos explicarlo; la esperanza es una entera confianza en la evolución del Todo, que hace al discípulo capaz de permanecer tranquilo entre los más tremendos conflictos y de batallar denodadamente contra las más apesadumbrantes contrariedades; y en fin, el amor es lo que todo lo abarca y todo lo perdona.

La fe es esencial para el reconocimiento del mundo invisible que nos rodea y desde todas partes gravita sobre nosotros; y el hombre que se resiste a reconocerlo mora en un coto vallado por su propia personalidad. Hay una etérea y espiritual continuidad, un eslabonamiento omnilateral que se transfiere por el ser físico del hombre sin que éste pueda detenerlo, como la luz atraviesa los cuerpos transparentes. El pensamiento atraviesa la mente y la emoción del corazón de los hombres, de tal manera, que resultan casi perceptibles en su acción. Apenas es necesaria la fe para cerciorarse de que el pensamiento y la emoción pasan en ondas a través de los hombres según se evidencia en ocasiones de grande y universal importancia. Pero esto que sólo se reconoce en relación con sucesos de extraordinario interés, como en los inventos y descubrimientos simultáneos, en las restauraciones y reformas religiosas, en estallidos de rebelión o en demostraciones bélicas, es de igual evidencia en tiempos normales. Muchos impulsos, determinaciones e ideas que atribuimos al instinto o a excitación congénita, dimanen de las corrientes de pensamiento y de sensibilidad que incesantemente fluyen a través de la raza humana. En el presente siglo se conoce y se comprende hasta cierto punto el poder del pensamiento; pero aun aquellos que conscientemente lo emplean, caen a menudo en el error de creer que surgen de su propia mente los pensamientos con que sugestionan a otros. Esto es imposible, porque el pensamiento actúa como un flujo creciente puesto en actividad en la entrada del mundo material e impelido por fuerzas exteriores a esta limitada condición. Del mismo modo que la luz baña todas las cosas y cada cosa recibe y refleja los rayos que es capaz de recibir y reflejar, así las ondas del pensamiento pasan a través de las almas de los hombres y cada alma retiene lo que es capaz de retener para devolverlo al mundo. Son estas ondas el flujo inspirador de la vida del hombre y le llegan en modalidad de lo que llamamos bien o mal, en armonía con su peculiar capacidad. El discípulo que tiene fe, abre su alma a la plenitud del flujo y su alma resplandece albicante como blancas son las flores que reflejan todos los rayos del sol sin preferir ninguno de ellos. Sabe que al abarcar, recibir y reflejar el flujo entero, cuando por su ser atraviesa, no hay bien ni mal. Sabe que en este flujo surge la fraternidad. No necesitan los hombres aspirar a la unidad de pensamiento ni poner en acción las fuerzas mentales, sino ser capaces de abarcar el pleno flujo de pensamiento que sin cesar avanza a través de la mente colectiva de la humanidad; y aquellos que de ello son capaces, llegan a la condición que los coloca inalienablemente en el seno de la Fraternidad Blanca. Entonces conocen el poder de esta Fraternidad y unos se apoyan en otros sin necesidad de hablarse ni tocarse. Han transpuesto la férrea valla de separación y se entreabre la áurea puerta. El discípulo que ya transpuso esta férrea valla, sabe que el extravío de los criminales y malhechores proviene de limitación y de torpeza en aprender. Sabe que el perdón es el único castigo del pecado, pues al proporcionar el amor la gran oportunidad que encierra la peregrinación a través de la materia, tan sólo anhela el desenvolvimiento del hombre por tal medio, a fin de que sea capaz de realizar la peregrinación y así coopera el amor a realzar y redimir a la raza y librarla para siempre de las condiciones materiales. Al hombre que mora en su aislada y egoísta personalidad, le parecen propias y dentro de él nacidas las emociones del corazón. Esto es y no es así, del mismo modo que el aire que respira y el aliento que lo agita son y no son propiedad de su cuerpo físico, sino que pasan a través de él y como él son copartícipes los demás que se hallan en la misma esfera de receptividad. Al estudiar su propio corazón, queda iluminado el discípulo y percibe acertadamente el corazón de los otros hombres, porque su discipulado le pone en acecho de los flujos de emoción que pasan a través de la humanidad y le capacita para comprender que es preciso experimentar todos los sentimientos y responder a todas las

ondas de emoción posibles para el hombre, antes de que le sea dado llegar a 1ª condición en que pueda prescindir de toda efectividad. Los criminales y los malhechores caminan extraviados porque sólo son capaces de sentir en una porción de su ser, porque la afectividad se despierta únicamente en la parte ínfima y más egoísta de su naturaleza, quedando toda la parte divina amodorrada y sensible. Así están no tan solo separados de la confraternidad de amor, sino también de la raza a que físicamente pertenecen. Pero la sensibilidad crece de acuerdo con la ley de desarrollo bajo cuyo imperio existe el hombre; y en el transcurso de las encarnaciones, llega el corazón a ser capaz de responder cumplidamente al pleno flujo de la emoción humana, y aquella parte de él que induce al pecador a pecar, sucumbe como parte de un Todo que en su plenitud diviniza al hombre. Sólo cuando todo esto queda extremadamente cumplido es posible prescindir de la afectividad; y asentada el alma en la sangre de su humano corazón inicia el flujo con el filo de su propia espada. Cuando 1ª raza toda quede redimida y libre, el espíritu purificado destruirá el interno germen que le incitara al apetito del gozo, y entonces Dios enjugará sus lágrimas para que por siempre jamás llegue a ser incapaz de derramarlas. Entonces será capaz de ver y de sostenerse. Entonces escuchará el grito lejano y responderá a él.

II

La ambición que impele a las almas de los hombres hacia el abismo, no es la mera forma del anhelo de lo que en la vida ordinaria llamamos éxito. Desde la más remota antigüedad es el deseo un acicate sin cuya excitación cayera la humanidad en apatía profunda. Por tal motivo se le enseña al discípulo a trabajar como trabajan los ambiciosos, pues, mientras permanezca en la actividad del mundo le es necesario convivir junto a los afanosos y luchadores, debiendo, por lo tanto, batallar en sus filas si en ellas se halla. Mientras sea hombre le es necesario participar del anhelo de éxito que constituye el estímulo natural de todo esfuerzo. Las recompensas que el común de los hombres aceptan en prueba del éxito, no tienen para el discípulo valor alguno, y los hombres vulgares las apetecen por la ambición de poseerlas y obtenerlas de los demás en premio de su trabajo. El discípulo no corre el riesgo de desear semejantes remuneraciones, y si acaso el destino las entreteje en su carrera, las aprecia en su verdadero valor, como temporales cargas de responsabilidad.

La emulación en el esfuerzo ha de ser para el discípulo mucho mayor que para cualquier otro hombre, pues se le exige un esfuerzo que al de los demás sobrepuje doquiera que se llame para trabajar en favor del progreso de la raza. Trabaja el discípulo mejor que el ambicioso vulgar como el caballo voluntarioso aventaja al que necesita espoleo.

No en las esferas de la actividad mental y física ha de avasallar el discípulo la ambición, pues el mayor peligro a que está expuesto mientras peregrina, es que germine en su interior la semilla del orgullo espiritual y sofoque su naturaleza superior antes de que haya podido celar su desarrollo. Porque esa semilla crece como mala hierba en tierra fecunda. Algún incidente inesperado despertará al hombre en nueva luz; y entonces, en vez del humilde discípulo que creyera ser, tal vez dispute orgullosamente por propias sus facultades y sus dotes, considerándose capaz de prescindir del auxilio divino, y apto para regir por sí mismo su personalidad espiritual. Dominado por la ambición, intentará entonces escalar las alturas del poder y asumir prerrogativas que tan sólo puede recibir sin peligro de manos del Maestro el discípulo probado en el toque de la experiencia. El logro de poder es uno de los primeros anhelos del discípulo, y por lograrlo clama continuamente a través del sendero de

perfección y persiste en tal clamor aun cuando llega al término de su peregrinación, y le es fácil atravesar el umbral. El poder que procura alcanzar no le allega honores ni la gloria ni posición personal, pues no le es lícito influir en los hombres con fines egoístas. Este poder se le quita en el primer peldaño del verdadero sendero y jamás se le devuelve. La ambición nacida del orgullo espiritual, que le acomete cuando ya se halla adelantado en el sendero, no le allega poder personal ninguno, pues al llegar a ser discípulo, ha sojuzgado los deseos de hombre; y cuando el fuego de la concupiscencia se reaviva con septuplicado ardor en más elevada altura psíquica, le impele hacia el abismo, del que habrá de librarse con enérgicos esfuerzos de sí mismo y de los Salvadores del mundo. Pero el verdadero poder, el poder de la confraternidad de amor, nacido del fecundo espíritu de la Divinidad en el hombre, ha de ser objeto de más ardiente deseo desde el primer instante del discipulado y nunca debe cesar en tal deseo que súbitamente le hace copartícipe de la gran tarea de redimir a la raza. Su esfera de acción aumenta insistentemente a la par de su desenvolvimiento, hasta el punto de que si con pureza de intención es capaz de ayudar a un solo amigo, se le podrá confiar la guía de toda una nación o de toda una escuela intelectual. El principio de desenvolvimiento en esta peregrinación implica la necesidad de que los hombres se asocien para realizarlo. La sociedad fundamental es la familia, que por naturaleza se deriva de la condición humana; mas, aparte de esta sociedad natural, existen innumerables órdenes de ellas, más o menos egoístas o altruistas, según el carácter de los hombres que la constituyan. Una de las tareas del discípulo es conducir y guiar las asociaciones humanas por senderos de esfuerzo en bien de la raza. Se le conduce a secundar los impulsos iniciados por los guías y maestros, empleando el poder de la confraternidad a que pertenece en la purificación de los móviles y actos de las asociaciones humanas en que colabore. Pronto se le revelarán los infinitos recursos del poder que ante él actúa y hacia el cual propende sin cesar, mientras su alma no se aparta del verdadero camino, viendo cómo se acrecienta con gran ímpetu el movimiento a que se haya asociado. Sin embargo, no por ello ha de mudar su condición de personal insignificancia; antes bien, ha de oscurecerla más todavía, porque si saliera de la oscuridad y la atención pública se convirtiera a su persona, resultaría amado de pocos aborrecido de muchos. Este aborrecimiento, parte integrante de la naturaleza animal y egoísta del hombre, proviene de 1ª oposición a la confraternidad de amor y a los esfuerzos de los Salvadores del mundo. Por lo tanto, es mucho mejor para el buen éxito de la obra que aun como hombre, se oculte en la mayor oscuridad posible, porque 1ª condición de discípulo suscita las malas pasiones de los demás hombres y la obra se prosigue con mayor efectividad si dicha condición de discípulo se mantiene reservada en el plano físico, ejerciéndola tan sólo en toda su plenitud sobre las naturalezas mental y etérea de los hombres que al discípulo rodean en el mundo. La naturaleza animal del hombre se esfuerza hoy mucho más que ayer por sobreponerse, pues el adelanto y progresos material es aumentan la inseguridad de su poder. Es, por consiguiente, más necesaria que en pasadas épocas la presencia de discípulos en las asociaciones humanas para el realzamiento de ellas y no para 1ª dirección de los mismos discípulos.

Así queda inerte y vencida la naturaleza animal de los hombres que se ven impelidos a extraordinarias acciones y guiados por móviles de mayor alteza que las habituales en su conciencia. La tarea del discípulo al conducir de este modo el movimiento en que toma parte, es mucho más ardua que si le fuese permitido conducirlo por personal influencia y externa guía, pues ha de influir en las naturalezas así como en las acciones de los hombres entre quienes labora. El hombre vulgar que todavía no ha entrado en el sendero ni siquiera

tiene noción de él experimenta en sí una mudanza de estado psíquico después de asociar sus esfuerzos a los de algún discípulo en cualquiera obra de utilidad colectiva. De pronto no se percata de ello, porque la acción del invisible poder es muy sutil; pero cuando más tarde eche sobre su vida una ojeada retrospectiva, verá que en cierta época fueron elevados los móviles de sus acciones, y reconocerá que dimanaron de una buena compañía, aunque ni aun entonces podrá conjeturar cuál de los hombres con quienes colaboraba era el medianero de la divina influencia.

Cuando el discípulo empieza a observar que sin necesidad del lenguaje tiene el poder de influir sobre los hombres con quienes trabaja, le acomete, por vez primera, la ambición espiritual, que es el más temible e implacable enemigo. El hombre vulgar, cuyos pies no han hollado todavía el sendero, está muy lejos de sospechar la violencia de esta tentación que, por lo fuerte, envenena el alma, y por lo insidiosa, alucina la mente. Perplejo ante las facultades de su ser, queda el discípulo ofuscado y sorprendido. Deseó poder para el bien y lo tiene; anheló ser como los dioses, y suya es una de las cualidades divinas. Le parece que ya puede obrar acertadamente como Dios y ordenar los destinos de los hombres; pero olvida que el sobrevenido poder es tan solo una de las cualidades de los dioses; que en su largo desenvolvimiento a través del dolor y la pena, así como del gozo y esplendor, ha llegado a ceñir una diadema de fuerzas y dones que recíprocamente se equilibran y entreveran. Las cuatro reglas expuestas en las sentencias preliminares de “Luz en el Sendero” indican cuatro cualidades que equilibradamente ha de adquirir el purificado espíritu antes de lograr la completa liberación. El poder de auxiliar a los demás, o sea el poder de la palabra, es tan solo una de ellas y por sí misma expone al espíritu a los mayores peligros.

III

El deseo de vida impide al espíritu blandir la espada, de suerte que efluya la sangre del humano corazón. No es el angustioso deseo de prolongar la vida mortal por el temor de que nada haya más allá, según temen los ateos y materialistas al llegar a la vejez y recibir en ella su castigo. La certeza de que en modo alguno pueden evitar la muerte, les causa desde un principio indecible tortura. Tampoco a la leve pasión nacida en una mente raquítica y enfermiza se refiere la frase: “Mata el deseo de vida.” Es, por el contrario, la intensa emoción que domina a las almas de los hombres, incitándolas a limitarse en seres humanos y les da resistencia para sobrellevar encarnación tras encarnación en las embarazosas y agotadoras condiciones de tiempo y espacio, de dolor y gozo. Solicitadas por esta abrumadora emoción, las almas de los hombres se agolpan en el umbral del mundo material, atisbando ansiosamente coyunturas de encarnación para entrar en lo que los hombres llaman vida; esto es, en la vida humana. Los ángeles, que son seres perfectos y moran en equilibrio, libres de las vicisitudes de la sensación física y mental, contemplan con pavorosa admiración a las almas que se precipitan en esta terrible prueba de la vida humana, cegadas por la pasión que las domina. Pero los ángeles sienten esta pavorosa admiración respecto del divino poder capaz de infundir una emoción de tan estupenda naturaleza, que a toda una raza de seres impele a entrar en el amargo y terrible sendero de la vida, lleno de vicisitudes y peligros. El ansia de vida física sobrecoge a las almas como inmensa y avasallante ola que desvanece toda otra esperanza, todo otro anhelo, empujándolas en apiñados tropes hacia el universo material contra el que se estrujan por todos lados, ansiosas de entrar en él de cualquier modo que sea con tal de no rezagarse.

Esta ola de emoción surgió tan pronto como el universo material fue creado a semejanza de escuela adonde voluntariamente acudiesen los escolares. Desde entonces ha persistido hasta hoy y persistirá en adelante hasta que la raza frise con su liberación.

Es la ola cuyo vaivén trae una y otra vez almas al umbral de la vida humana, cuando una y otra vez apuraron ya los recursos de placer y dolor. No importa cuán acerbamente hayan aprendido la lección. Todavía las abrumba el ansia de nuevas pruebas. Únicamente los discípulos ya adelantados en el sendero son capaces de considerar esta emoción como extraña a ellos, del mismo modo que un hombre considera ajenas a su cuerpo las aguas en que nada. Estos discípulos saben que el deseo de vida física los lleva al mundo en que fue trazado el camino de peregrinación; y sabedores también de que deben hollarlo, se someten a venir acá una y otra vez, cediendo al deseo de experiencia senciente, aunque con la seguridad de que algún día se verán libres de él. Y mientras así se someten y trabajan arduosamente en todos los campos de esforzada labor abiertos al hombre, procuran extirpar de su naturaleza superior el elemento personal que hace a los hombres esclavos del deseo de vida. Como todas las demás pasiones, debe sujetarse este deseo a lo superior, para irlo eliminando poco a poco, aunque resueltamente, de la naturaleza. El discípulo que oyó el grito lejano, será capaz algún día de matar todo el deseo de vida física y entrará en ella sin el más leve anhelo personal de cualquier estirpe que sea, o como libre espíritu actuará sobre ella desde el plano etéreo. Estos espíritus libres e incontaminados de egoísmo, que entran en la vida física con el exclusivo fin de ayudar a las almas militantes y bajan al mundo atraídos por vínculos de amor, piedad y simpatía, son gloria y esplendor de la raza humana y fuente del poder que sobre ella emana de lo alto. Son los lazos de unión, los mediadores entre 1ª progenie humana y los Maestros que lanzan el Grito Lejano, para sacar de entre tinieblas a las almas. Sólo el discípulo oye el Grito Lejano, pero se le dan medios de transmitirlo como mensaje adecuado a la comprensión de aquellos con quienes está en contacto. Tal es su deber, mucho más sagrado ahora que antes, porque, según echan de ver los que miran desde el mundo etéreo, la raza es hoy más capaz de atención que lo fue en tiempos pasados. Ha subido un peldaño y mayor esfuerzo habrá de hacer en cada uno de los siguientes, porque el tiempo de su evolución va decreciendo de grado en grado. Con el transcurso del Tiempo, se desvanecerá la oportunidad o coyuntura que la peregrinación nos ofrece. Todos los individuos de la raza han de atravesar al fin la puerta; pero todos habrán de esperar en el Vestíbulo al postrer rezagado que se verá atraído hacia allá por innumerables manos de amor.

Pero de la manera que el hombre, considerado en conjunto, aproveche y haga uso de aquella oportunidad, depende el estado del espíritu de la raza, en su postrer porvenir. Cómo pueda suceder esto es un misterio demasiado profundo para la comprensión del discípulo, aunque lo conozcan los maestros y guías. Por lo tanto, el Grito Lejano se dirige incesantemente a quienes para oír tienen oírlos. El discípulo trabaja, se esfuerza, ama y vive más intensa y persistentemente que los hombres vulgares, pero mata en su yo superior los gérmenes del ansia espiritual por actuar preminentemente en los estrechos límites del tiempo y del espacio bajo el señorío del placer y del dolor. El estupendo esfuerzo que se requiere para matar esos gérmenes, es más hacedero de lo que parece a primera vista; porque las fuerzas, ya visibles, ya invisibles, que circundan al hombre y lo sostienen en el puesto de combate, convergen todas directamente para asistirle y socorrerle. Son sus aliadas y le dan poder benéfico al par que oportunidad de emplearlo. En cualquier dirección que se oriente la naturaleza del hombre, hallará estas fuerzas prontas al auxilio. Si propende al mal, le auxiliarán los elementos que se adaptan a esferas y planos de esta progenie. Le es

necesario que así sea, porque solo, sin tales auxiliares, no podría obrar ni bien ni mal en el embarazoso estado de la humana vida. Tan luego como pone los pies en el sendero que a la liberación conduce, las mismas fuerzas que le ayudaron a entorpecer la experiencia de las malas acciones, a estacionarse en la pereza o a buscar puros placeres, le circundarán con renovado y más robusto poder para acelerar su marcha por la emprendida senda. Como hombre, debe estar solo y prestar auxilio; como espíritu, está unido al conjunto de la fraternidad de amor y levantado por ella hacia la impelente fuerza de la vida espiritual del universo. El universo existe únicamente para quien obtiene la definitiva liberación; y la parte física y material del mundo en que habita es el medio de que se vale su Creador para el logro de aquel fin. Por esta razón fue creado en forma material.

Vemos que el hombre está rodeado de innumerables criaturas y sustancias que todas tienen su lugar señalado en el universo y prosiguen su peculiar sendero, con, al parecer, entera independencia del hombre. La conexión entre el conjunto del universo material es tan sutil, que escapa a la penetración humana; pero el morador del espacio etéreo la conoce y es capaz de utilizar este conocimiento en el auxilio del hombre encarnado. El inmenso número de seres conscientes que solidarizados en el universo material rodean al hombre, están recíprocamente mantenidos en tal condición por un fortísimo vínculo dimanante del Aliento Divino. Muy fáciles fuera abstraerse a dicha condición, porque sus vínculos no son de peregrinación, sino de voluntaria compañía. No solamente los seres a quienes reconocemos como conscientes, sino también los que unen los cuerpos en que otros seres moran, los seres que se han sometido a las leyes reguladoras del orden de composición que llamamos átomos materiales, están igualmente unidos en la sustentación de una vida física que es la escuela de humanas almas. El señorío otorgado al hombre sobre ellos tiene carácter muy distinto del que pudiera suponerse, pues continuamente acarrea errores en la conducta con ellos relacionada, y estos errores han de quedar del todo corregidos antes de completar la lección. Derivan de él las fuerzas que concurren a ayudarlo y sostenerle y de este modo acrecienta la tristeza de su situación y el sentimiento de su inseguridad. La gran pasión del deseo de vida impele al alma del hombre a relacionarse íntimamente con los seres que constituyen el universo y le capacitan para disfrutar de él; pero desconoce el hecho de que a ellos debe el disfrute.

Imagina que los elementos y las sustancias existen sin esfuerzo. No es así. Hay un continuo y benéfico esfuerzo realizado en este patrocinio y es necesario que aprenda a conocerlo y recompensarlo con su buena conducta. El hombre perfecto se porta rectamente respecto de todas las cosas, ya las , perciba animadas, ya inanimadas. Aquellas que disputa por inanimadas, a causa de que su conciencia está lejanamente distanciada de la suya, le son precisamente las más necesarias de cuantas le rodean; ya medida que adelante en su desenvolvimiento, tendrá noción de ello y reconocerá su deuda. Sabrá entonces que al eliminar de sí mismo el deseo de vida, libera a legiones de seres de la tarea que en beneficio de él tomaron a su cargo.

IV

Cuando la flor se abre y el silencio de paz sucede a la tormenta, llega el discípulo a la altura de adepto en vida y se convierte en uno de los zapadores y guías de la raza. Por siempre jamás se apaciguaron para él las turbulencias de la vida personal; ya no volverá a esforzarse por los baladíes objetos a que se entregan los hombres; ya no volverá su espíritu a rebelarse contra el Creador por privaciones o pérdidas personales. Para él hay paz. Mas el discípulo

no puede permanecer en la quietud de una paz a tanto precio conquistada, sino que debe tomarla consigo y proseguir adelante. Es la recompensa merecida por la sojuzgación de su ser. Debe ahora ir sembrando las semillas del conocimiento en las almas de otros hombres. Imbuido de la paz lograda, puede volver al combate de la vida y batallar por los grandes éxitos en que hasta entonces difícilmente confiara, porque estaba ofuscado por su propia personalidad. Así combatirá como ningún hombre vulgar puede combatir, y sin embargo, se mantendrá ladeado del combate.

La que milita es la divina parte completamente impersonal de su ser, la por entero adicta al Supremo, la por completo puesta al servicio de toda la confraternidad. En las futuras batallas no luchará por la conquista del ser; esto pasó para siempre, a menos que pierda el sostén y caiga de su solio. El campo de las venideras batallas no será el en que las humanas almas luchan con la parte inferior que pugna por dominarlas, ni el en que los espíritus de los hombres luchan con sus ambiciosas naturalezas. Será el palenque donde el espíritu de la raza, el indivisible espíritu de la Humanidad combata por la definitiva conquista que la alce hasta el encumbrado asiento de sus destinos supremos. Más o menos pronto ganará esta batalla, porque el guerrero es invencible; pero la tarea de los Adeptos en vida consiste en abreviar las amargas del camino y apresurar el gran día de la victoria. El canto de vida tan sólo resuena cuando el Adepto es capaz de realizar este grandioso esfuerzo impersonal. Entonces se le revelan la mística armonía e inefable belleza del Todo y se desvanecen las discordias que le oprimieron mientras tuvo tan sólo entendimiento de hombre. El dolor, la oscuridad y la confusión de la vida mortal, dimanar por completo de la limitada capacidad de la mente humana; y así, según progresa en las condiciones inmortales y reconoce más y más claramente lo que le rodea, llega a ser capaz de percibir formas y colores hasta entonces invisibles, de oír sonos hasta entonces inaudibles que convierten toda discordancia en armonía, toda tiniebla en luz y toda insuficiencia en perfección.

KARMA

Considera conmigo que la existencia individual es un cable que se extiende desde el infinito al infinito, que no tiene principio ni fin ni puede tampoco romperse. Este cable está formado de innumerables y tenues hilos que apretados unos con otros, constituyen su espesor. Estos hilos son incoloros, son perfectamente rectos, sólidos y lisos. Este cable, al pasar, como sucede, por toda clase de sitios, sufre extraños accidentes. Muy a menudo enganchase un hilo y permanece cogido, o quizá sólo es desviado violentamente de su dirección normal. Entonces, durante largo tiempo, queda torcido y pone así en desorden los hilos restantes. Algunas veces uno de ellos se mancha de suciedad o de color, y la mancha no sólo se extiende alrededor del punto de contacto, sino que impregna otros hilos. Y ten presente que los hilos son vivos, que son como hilos eléctricos, más aún, son como nervios vibrantes . ¡Calcula, pues, cuanto puede extenderse la mancha o la violencia de la torcedura! Pero sucede eventualmente que los largos cordones, los hilos vivientes que en su continuidad no interrumpida forman el individuo, pasan desde la sombra a la luz. Entonces los hilos ya no son incoloros, son dorados; una vez más están unidos, lisos. Una vez más se establece la armonía entre ellos, y desde esta armonía interna percibes la armonía más grande.

Este ejemplo no representa sino una parte mínima, un solo aspecto de la verdad: es menos que un fragmento. Sin embargo, detente en él; con su ayuda puedes llegar a percibir algo

más. Lo que es necesario comprender en primer término consiste no en que el porvenir está formado arbitrariamente por actos aislados del presente, sino que todo el futuro forma una continuidad no interrumpida con el presente, así como el presente lo está con el pasado. Desde un punto de vista en un plano el ejemplo es exacto.

Se dice que un poco de atención prestada al Ocultismo, produce grandes resultados kármicos. Esto sucede porque es imposible prestar alguna atención al Ocultismo sin hacer una elección definida de lo que se llama familiarmente bien y mal. El primer paso en el Ocultismo conduce al estudiante al árbol del conocimiento. Debe lanzarse y comer; tiene que decidirse. Ya no puede permanecer en la indecisión de la ignorancia. Tiene que adelantar en la senda del bien o en la del mal. Y el avanzar sólo un paso definitivamente y con conocimiento en cualquiera de las dos sendas, produce grandes resultados kármicos. La masa humana marcha vacilante, incierta, respecto a la meta a que aspira; su ideal de existencia es confuso, y por consiguiente, su Karma obra de un modo confuso. Pero una vez que se ha llegado al vestíbulo del conocimiento, la confusión principia a ser menor, y por tanto, los resultados kármicos aumentan enormemente, porque todos actúan en la misma dirección en todos los diversos planos; pues el ocultista no puede hacer las cosas a medias, ni puede retroceder una vez que ha pasado el vestíbulo. Esto es tan imposible como un hombre volver a ser niño. El individuo se ha aproximado al estado de responsabilidad por razón del crecimiento y no puede ya volver atrás. El que quiera librarse de los lazos del Karma, tiene que elevar su individualidad desde la sombra a la luz; tiene que elevar tanto su existencia, que estos hilos no se pongan en contacto con las materias que manchan, ni puedan tampoco ser cogidos hasta el punto de desgarrarse. Se eleva sencillamente por encima de la región en que el Karma opera.

No abandona por ello la existencia por la que está pasando. El terreno puede ser áspero e inmundado, o cuajado de espléndidas flores, cuyo polen mancha, y de sustancias deliciosas que se adhieren y se convierten en atractivas; pero allá en lo alto ostentase siempre el límpido cielo. El que desea estar libre de todo Karma, debe buscar su mansión en el aire, y más adelante en el éter. El que desea formar un buen Karma, experimentará muchas confusiones, y en el esfuerzo de sembrar excelente semilla para su propia cosecha, puede suceder que al mismo tiempo se exponga a sembrar mil hierbas dañinas, por ejemplo el cardo espinoso y muchas otras.

No desees sembrar semilla alguna para tu propia cosecha; trata sólo de sembrar aquella semilla cuyo fruto alimentará al mundo. Tú eres una parte del mundo; al darle alimento, te lo das a ti mismo. Sin embargo, aun en este pensamiento ocultase un gran peligro que se adelanta y hace frente al discípulo que durante mucho tiempo ha creído haber trabajado para el bien mientras que en lo íntimo de su alma sólo ha percibido el mal, esto es, ha creído que se había dedicado al bien del mundo, mientras que todo el tiempo no ha hecho más que pensar en el Karma, y que el gran bien que obra, lo hace para sí mismo. Un hombre puede negarse a sí propio el pensar en la recompensa; pero en esta misma negación se ve el hecho de que la recompensa es deseada. E inútil es para el discípulo tratar de aprender refrenándose: El alma debe estar en libertad, los deseos libres. Pero hasta que estén fijos en aquel estado donde no existe ni recompensa ni castigo, ni bien ni mal, en vano se afana. Puede parecer que hace grandes progresos, pero día llegará en que se vea frente a frente de su alma, y reconozca que cuando se aproximó al árbol del conocimiento, escogió el fruto amargo en lugar del dulce, y entonces el velo caerá por completo y abandonará su libertad para convertirse en un esclavo del deseo. Por tanto, estad sobre aviso vosotros los que empezáis a dirigirlos hacia la vida del Ocultismo. Aprended, desde

luego, que no hay cura para el deseo; que no hay cura para el afán de recompensa; que no hay cura para el anhelo grosero, sino fijando la vista y el oído en aquello que es invisible e inaudible. Principia desde luego a practicarlo, y de este modo alejarás de tu camino mil serpientes. Vive en lo eterno.

La operación de las verdaderas leyes del Karma, no debe estudiarse hasta que el discípulo ha alcanzado el punto en que ya no le afectan. El Iniciado tiene el derecho de exigir los secretos de la Naturaleza y de conocer las reglas que rigen la vida humana. Obtiene ese derecho evadiéndose de los límites de la Naturaleza y libertándose de las reglas que gobiernan la vida humana. Se ha convertido en una parte reconocida del elemento divino, y ya no le afecta lo que es temporal. Obtiene el conocimiento de las leyes que rigen los estados temporales. Por tanto, vosotros, los que deseáis comprender las leyes del Karma, intentad primeramente libertaros de esas leyes; y esto sólo puede hacerse fijando vuestra atención en aquello que no es afectado por estas leyes.

